
ESPACIO
El mundo FUTURO
JINETE EN EL CIELO
CLARK CARRADOS

Jinete en el cielo

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/130

CAPÍTULO PRIMERO

La nave soltó varios chorros de fuego y concluyó su deceleración, comenzada desde muchos miles de kilómetros antes, equiparando su órbita a la del planeta Saturno y deteniéndose, al fin, junto al borde externo de los anillos.

Para los tripulantes de la «Némesis», el incomparable espectáculo que ofrecía el gigantesco planeta, visto desde una distancia ligeramente inferior a los 300.000 kilómetros, no tenía nada de particular a fuerza de repetido.

Para ellos no significaba la contemplación de aquel colosal globo, colgado por invisibles hilos del negro espacio, coloreado por anchas bandas de suaves colores -rojo, amarillo y ocre- tonalidades verdosas en los polos. Tampoco les decía nada la singular visión de los anillos, con sus varias divisiones concéntricas, rodeando al planeta con sus festoneo semitransparentes, pareciendo a veces, según la posición del observador, un círculo de gasa o muselina, tendido en derredor del planeta por alguna mano amiga de las fantasías. A ninguno de los tripulantes de la «Némesis» le interesaba el espectáculo porque estaba sobradamente familiarizado con él y le resultaba tan natural su vista como a un esquimal la del Polo o a un hawaiano una playa con palmeras y arrecifes.

Cuando la colosal astronave se hubo detenido por fin, en su interior empezó a producirse una febril actividad.

Todos los miembros de la dotación actuaban sin recibir órdenes, obedeciendo a un plan preconcebido de antemano, con los movimientos perfectamente dosificados, sabiendo lo que tenían que hacer en cualquier momento y con el objeto que les había tocado en

suerte mover o acarrear.

La «Némesis» era una nave de vacío; es decir, construida para volar en el espacio, sin aterrizar jamás en ningún planeta, a menos que éste, como Saturno, careciera de atmósfera gaseosa. La «Némesis» estaba hecha para ir de estación espacial a estación espacial y luego enlazar con la superficie del planeta por medio de cohetes-lanzadera. Por lo tanto, resulta obvio decir que carecía por completo de cualidades aerodinámicas, porque siempre viajaba por lugares donde no había aire en el cual utilizar unas alas para sostenerse.

La «Némesis» era una nave enorme, gigantesca, de más de trescientos metros de longitud por casi un centenar de anchura. Tenía, naturalmente, varios compartimentos de buen tamaño para la recepción de las mercancías y su estiba, para sus tripulantes y el de los propulsores, ofreciendo, en apariencia, un aspecto desgarbado, que más bien sugería el de una torre metálica tumbada horizontalmente y que luego de construida en esta forma quisiera colocarse sobre el suelo en posición vertical.

El aspecto era realmente fantástico, un colosal entramado de viguetas metálicas, de gran dureza y resistencia, pero de innegable ligereza al mismo tiempo, unía los cuatro segmentos de la nave, el primero de los cuales, destinado a la tripulación y eventuales pasajeros, estaba situado en la parte delantera y tenía forma de esfera.

A continuación seguían dos compartimentos más, de forma cilíndrica y de unos cincuenta metros de longitud cada uno de ellos, unidos entre sí y con el primero por sendos túneles, también cilíndricos, estancos, con la suficiente amplitud para permitir el paso de dos personas a la vez, erguidas, sin necesidad de doblar la cabeza para caminar por su interior.

El último elemento de la nave era el mayor de todos, midiendo fácilmente cien metros de longitud. Allí hervía sin cesar el infierno azul de la radiactividad, con el silencioso rugido de los motores atómicos que propulsaban la nave por las profundidades del espacio, haciéndola alcanzar velocidades terroríficas. La cámara de motores estaba completamente aislada del resto de la nave, a cincuenta metros del último elemento de carga, y para acercarse a ella era preciso vestir trajes de vacío, dotados además de la necesaria protección antinuclear para evitar los desastrosos efectos que las radiaciones producen en el cuerpo humano. Pero hacía mucho tiempo que nadie se había acercado allí y pasaría también mucho tiempo, años, quizá décadas, antes de que fuera necesario reponer el combustible fisionable que

proporcionaba a la «Némesis» el impulso necesario para poder viajar cómo y dónde quería por las negras honduras del espacio.

La tripulación de la nave empezó la descarga de las bodegas. Todos se habían provisto de trajes aislantes y, para trasladar las mercancías que atiborraban los compartimentos de carga, disponían de pequeños cohetes que funcionaban por propulsión gaseosa, fáciles de manejar y capaces de arrastrar tras sí toneladas y toneladas de cualquier objeto a cualquier lugar.

El capitán de la «Némesis» era un nombre joven, alto, fornido, que vestía un sencillo traje de una sola pieza, de color oscuro, y que, frente a la visoplaca de control, dirigía todas las operaciones de descarga. En realidad, más que dirigir, lo que estaba haciendo era presenciar los trabajos, pues los tripulantes de la nave estaban sobradamente habituados a tales faenas para tener que recibir instrucciones.

Los cohetes iban y venían sin cesar, siguiendo unas rutas perfectamente delimitadas, sin chocar los unos contra los otros, pareciendo una colección de hormigas afanadas en guardar víveres para el invierno. Había aproximadamente unos cuarenta, de modo que la mitad iban cargados, en tanto que el resto, alrededor de veinte, regresaban de vacío a las bodegas, donde eran cargados de nuevo, con lo cual las operaciones alcanzaban un ritmo muy estimable, favorecido, además, por la ausencia de gravedad, lo que hacía infinitamente más fáciles los movimientos. Unas cuatro horas después de haberse detenido la nave, su capitán advirtió que el momento final estaba a punto de llegar. Tenía a un hombre a su lado y le dijo, sin volver la cara:

—Llama al segundo.

—Sí, capitán—dijo el tripulante, saliendo de su inmovilidad. Tomó el micrófono y emitió unas cuantas palabras.

—Viene enseguida, capitán.

—Gracias. ¿Quieres preparar mientras tanto la nave auxiliar? Comprueba, sobre todo, si tiene las provisiones suficientes de víveres y combustible.

—Sí, capitán. ¿Cuándo salimos?

—En cuanto le haya dado instrucciones al segundo. No más tarde de una hora.

—Perfectamente, capitán. Le esperaré en el cohete.

El tripulante salió de la cámara de mando, dejando solo al capitán. Éste, pensativo, encendió un cigarrillo, al mismo tiempo que ponía en marcha el aspirador de humo. En un lugar sin gravedad como el que se encontraba, el humo del cigarrillo se hubiera expandido por la cámara, inficionando la atmósfera al no ascender a las capas superiores de la misma.

No tardó mucho en llegar el segundo. Éste era un hombre de unos cuarenta años, fornido, de mirada viva y franca, cuyo aspecto inspiraba general confianza a quien lo veía por primera vez. Ya se había despojado de la escafandra, pero, teniendo que regresar al espacio, conservaba todavía puesto el resto del traje.

—¿Señor? —dijo el segundo, dándose cuenta de que su presencia no había sido advertida.

El capitán se volvió entonces, emitiendo una pálida sonrisa.

—¿Ah, es usted, Frisby? ¿Cómo va la descarga?

—Perfectamente, señor. Estamos ya a punto de terminar.

—Muy bien, Frisby. Le voy a dejar a usted el mando de la «Némesis». Temporalmente se entiende, por supuesto.

Frisby alzó las cejas.

—¿Se va usted, señor? ¿Dónde, si no es indiscreción?

—No, no es ninguna indiscreción, Frisby. Me voy a la Tierra.

—¿A... la Tierra? Capitán, permítame que...

—Sé de sobra lo que me va a decir usted, Frisby. Que corro peligros gravísimos y que soy allí más buscado que ninguno de los criminales que andan reclamados por la justicia, y sus cabezas puestas a precio. Lo sé. Pero me es imprescindible ir a la Tierra.

—En fin... —murmuró el segundo, levantando los hombros—. Si usted lo dice así, capitán...

—Estaré allí por poco tiempo, Frisby. El indispensable para realizar determinadas diligencias... que me son de imprescindible necesidad. No creo estar allá mas de un par de semanas.

—Lo que unido a un mes que empleará en el viaje de ida y otro en el de vuelta, hacen un total de dos meses y medio, capitán —observó Frisby reflexivamente.

—Exactamente. ¿Por qué lo dice usted, Frisby?

—Verá, capitán. Mucho me temo que los hombres se quejen.

—¿De qué? —frunció el ceño el joven.

—Usted me comprende, señor. Llevan ya demasiado tiempo en el espacio; la mayoría de ellos son jóvenes también, y aun el que no lo es... No sé cómo explicarme, pero...

El capitán endureció la voz.

—Le entiendo perfectamente, Frisby. Bien, puesto que usted plantea las cosas de este modo, quiero hacerle saber mi opinión. No tengo inconveniente en que se marche el que lo desee. Está el otro cohete auxiliar, en el cual pueden volar hasta la Tierra, si así les apetece. Pero que sepan que jamás les admitiré de nuevo a mi servicio. Cuando les recluté y aceptaron compartir conmigo esta dura vida, ya sabían a lo que se exponían. No pueden hacerse ni hacerme ningún reproche, ¿lo entiende, Frisby?

»Y otra cosa también: todos ellos seguirían mi misma suerte si fueran capturados. No quiero decirle cuál es, porque usted lo sabe tan bien como yo, Frisby. El que desee irse, que se vaya. Pero no lo admitiré más en la dotación de la «Némesis». ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente, señor. Ya no me queda otra cosa que desearle un feliz viaje... y que vuelva pronto.

—Gracias, Frisby —repuso el capitán, saliendo de la cámara.

* * *

Extracto de los titulares de varios de los periódicos televisados.

NUEVA HAZAÑA DE LOS PIRATAS DEL ESPACIO.

ATRACO SIDERAL UNA ASTRONAVE COMPLETAMENTE DESPOJADA DE SU CARGAMENTO

UNA VEZ MÁS EL CAPITÁN LEX COMPTON, DANDO PRUEBAS DE

UNA AUDACIA SIN LÍMITES, HA COMETIDO OTRO HECHO DELICTIVO…

EL COMANDANTE DORELLI, DE LA ASTRONAVE «PHYLLIS», HA MANIFESTADO QUE EL ATAQUE DEL FORAJIDO COMPTON SE PRODUJO POR SORPRESA, SIN POSIBILIDAD ALGUNA DE…

UN PORTAVOZ DEL MINISTERIO DE ASUNTOS PLANETARIOS HA MANIFESTADO QUE LA «PHYLLIS» LLEVABA UN CARGAMENTO DE VÍVERES E INSTRUMENTOS VALORADO EN…

LA CARGA DE LA NAVE ASALTADA ERA DESTINADA A LAS BASES CIENTÍFICAS DE JÚPITER Y SUS SATÉLITES.

¿HASTA CUÁNDO VAN A PERMITIR NUESTRAS AUTORIDADES QUE ESE BANDIDO DEL ESPACIO CONTINÚE SUS DEPREDACIONES?

SE RUMOREA QUE EL CORONEL BODKE, JEFE DE LA TERCERA UNIDAD DE LA PATRULLA DEL ESPACIO, HA SIDO ESPECIALMENTE ENCARGADO DE LA CAPTURA DE LEX COMPTON.

* * *

El tren monorraíl, compuesto por el coche motor y cinco remolques, salvó el abismo que se abría a sus pies, a cien metros por debajo del fondo de los coches, en el cual rugían las aguas espumeantes del Colorado, y se lanzó, a trescientos cincuenta kilómetros a la hora, por la extensa planicie que se abría ante él y que iba adquiriendo un pronunciado color rojo a medida que el sol se iba acercando, cada vez más rápidamente, a su ocaso.

El tren corría velocísimo, sin un solo estremecimiento, deslizándose suspendido del único riel que, sostenido por millares de postes unidos entre sí en forma de «U» invertida, corría a lo largo de las calcinadas mesetas del desierto del sudoeste de los Estados Unidos. La forma aerodinámica del vehículo y la disminución del frotamiento contribuían notablemente a la rapidez de la marcha, que en ocasiones bordeaba los cuatrocientos kilómetros por hora, sin una sola sacudida, sin la menor trepidación, pareciendo literalmente volar en lugar de deslizarse casi pegado a la tierra.

En el interior de los coches la gente se distraía contemplando el panorama o presenciando los últimos programas televisados en los receptores individuales de que cada asiento estaba provisto. Varias

gentiles camareras empezaron a pasar con las bandejas de la cena, sirviéndoselas a aquellos que eran demasiado comodones para arriesgarse a caminar hasta el coche bar, y las conversaciones, momentáneamente languidecidas por el hastío del viaje, reanudaron su vivacidad.

El tren salvó el obstáculo de una enorme roca situada ante su camino, rodeándola simplemente mediante una enorme curva, para lo cual hubo de disminuir su velocidad, recobrándola después una vez hubo entrado de nuevo en la línea recta. Ésta era la ventaja del monorraíl; no había túneles que perforar, ni tampoco había pendientes demasiado agudas para él: todos los inconvenientes eran obviados con suma facilidad mediante aquel sistema, que además de su gran velocidad proporcionaba un enorme coeficiente de seguridad, lo cual, poco a poco, había ido inutilizando las líneas ferroviarias corrientes, que se habían visto obligadas a adoptar el sistema del rail único para poder sobrevivir.

El sol empezó a esconderse en el horizonte, convertido en una roja bola de fuego. Entonces, en los receptores de televisión, aparecieron las últimas noticias del día.

El sistema era muy ingenioso. Era una banda de papel vertical, que se iba desarrollando de arriba a abajo, con la suficiente lentitud para que todo el mundo pudiera leer las noticias, y que era captada por los objetivos de la emisora y retransmitida luego a los receptores. Naturalmente, el leer el periódico era potestativo: solamente con cambiar la estación se cogía un nuevo canal que ofrecía cualquier otro programa; pero en aquellos momentos algo había que atraía la atención del mundo entero, y casi la inmensa mayoría de los viajeros leyeron las noticias que se les ofrecían, que versaban acerca de las hazañas del famoso pirata del espacio y de las cosas que se iban a hacer para capturarle y las que se le harían una vez hubiera sido capturado.

ESE HOMBRE QUE SE LLAMA A SÍ MISMO CAPITÁN COMPTON SERÁ PRONTO APRESADO Y JUZGADO COMO SE MERECE…

EL CORONEL BODKE HA SALIDO YA PARA SU BASE SITUADA EN…

UNO DE NUESTROS REDACTORES HA CONSEGUIDO ENTREVISTARSE CON EL CORONEL BODKE, QUIEN HA AFIRMADO: ¡CAPTURA O DIMISIÓN!

—¡Mentira!

La imprecación estalló al mismo tiempo que la pantalla del televisor, con un sonoro estrépito de vidrios rotos, provocando también, al mismo tiempo, algunos gritos y exclamaciones de las personas que estaban más próximas al lugar donde acababa de ocurrir el incidente.

Todos los ojos se volvieron al momento hacia la persona que, golpeando con la bandeja de su comida la pantalla, la había reducido a pedazos. Era un hombre de buena estatura, como de unos cuarenta y cinco años de edad, con el rostro muy encarnado, no sólo por la ira, sino por su sanguínea constitución, el cual, en aquellos momentos, se estaba limpiando con una servilleta las manchas que se había producido en su indumentaria con aquel colérico gesto.

Una de las camareras corrió presurosa a auxiliarle.

—Por Dios —exclamó la joven—. ¿Qué es lo que le ha ocurrido a usted, señor?

—Nada —renegó el hombre—. Nada, excepto que todo lo que acaban de decir en el periódico televisado es una inmunda sarta de noticias. Ni el coronel Bodke ha asegurado rotundamente que vaya a capturar al bandido ni tampoco ha dicho que vaya a dimitir.

—Oh, señor —sonrió la camarera—; los periodistas, ya se sabe, son el diablo. Con tal de tener en tensión a sus lectores…

El hombre la interrumpió:

—¡Podían tener en tensión a su respetable tía! —masculló el individuo, arrojando la servilleta a un lado—. Tráigame otra cena, y pronto; antes de que empiece a revolvérseme el estómago.

Todos le contemplaban.

—Sí, sí, señor —accedió la camarera, que, ayudada por una compañera, se afanaba en recoger los restos de la catástrofe.

El hombre volvió a sentarse.

—¡Maldita sea! —aún murmuró.

El resto de los viajeros se desentendió bien pronto de aquel irritable personaje, volviendo los unos a sus conversaciones y los otros a los alimentos que tenían delante. Pero muy cerca del hombre había una mujer, la cual le miraba con una indefinible expresión reflejada en su semblante, y en la que se advertía una parte no pequeña de un

regocijado humorismo causado evidentemente por cuanto acababa de ver y oír.

Le miraba sin decir nada.

La mujer era muy joven y, a juzgar por lo poco que se podía ver, ya que estaba sentada, esbeltísima. Tenía el cabello oscuro, con reflejos metálicos, que parecían haber mezclado allí hilos de cobre, y sus ojos grises resaltaban enormemente en un rostro de indudable belleza y clásicas proporciones. Cosa rara, sostenía entre sus largas y afiladas manos, rematadas en unas uñas de oro, una novela, y en la mejilla izquierda tenía pintado, de modo habilísimo, un trébol de cuatro hojas.

El irritable personaje clamó:

—¿Es que no viene mi cena?

La camarera trajo una nueva bandeja con comida para el viajero irritado y, en aquel momento, la bandeja se volcó de nuevo, ahora sobre la cabeza del individuo, poniéndole perdido y haciéndole berrear como un ternero recién degollado. La camarera siguió a la bandeja como consecuencia de un brusco e imprevisto frenazo del convoy.

CAPÍTULO II

La causa del súbito frenazo había sido el cohete rojo que el conductor del monorraíl había visto alzarse sobre el cielo violeta, a unos dos kilómetros y medio de distancia. Según los reglamentos, aquella señal no podía significar más que una cosa: peligro; y, en consecuencia, el maquinista aplicó los frenos, reduciendo poco a poco la marcha del convoy hasta detenerlo totalmente, apenas a diez metros de distancia del punto de partida del cohete.

El jefe del convoy se acercó a la cabina de control, rezongando y echando pestes acerca del inesperado contratiempo. Desde aquel punto pudo advertir que el tren se había detenido en un lugar en el que los vagones quedaban a un metro escaso del suelo.

Dos individuos había al pie del convoy y los dos corrieron hacia la portezuela cuando el jefe de tren la abrió. Se izaron ágilmente hasta el

coche y saludaron con un alegre gesto.

—¡Hola! ¿Qué tal, amigos? —dijo uno de ellos.

El jefe de tren se congestionó.

—¡Ustedes... ustedes han sido capaces de detener el convoy... sólo para subir a él! —exclamó con un chillido de cólera.

—Pues... sí —dijo el primero que había hablado, un joven de unos treinta años, alto, fornido, de gallarda apostura—. Necesitábamos ir a Denver... y no teníamos mejor medio que el monorraíl.

—¡La Compañía les demandará por los daños y perjuicios que le ocasionan con esta parada imprevista! —gritó el jefe de tren—. Han cometido ustedes un acto ilegal y...

—Mejor sería que chillara después de que hubiese dado la orden de reanudar la marcha, amigo, ¿no le parece? —contestó el joven tranquilamente, sin levantar la voz.

El ferroviario le miró de soslayo. Luego, dando media vuelta, lanzó un grito.

—¡Arranca ya, Joe!

Inmediatamente el tren se puso en marcha. Con suavidad al principio, no tardó mucho en recobrar su habitual ritmo de marcha.

Mientras tanto, el joven sacaba un grueso fajo de billetes de un hermoso color de oro y pasaba el pulgar por ellos, haciéndolos agitarse de un modo especial.

—Vamos a ver, jefe: ¿qué valen dos billetes hasta Denver?

—Tendrán que pagar desde la última parada —gruñó el jefe de tren.

—Está bien. ¿Cuánto valen?

El ferroviario lo dijo. El joven, entonces, contó unos cuantos billetes de aquel magnífico papel metalizado auríferamente y se los entregó.

—Aquí tiene, amigo. El resto empléelo en tomarse una copa a mi salud. ¿Vamos, Sikhar?

—Sí, patrón —contestó el otro, silencioso hasta aquel momento, empequeñeciendo con su colosal estatura al jefe de tren y pasando por

el lado de éste.

Los dos hombres se dirigieron hacia el vagón más cercano, oyendo vagamente el escándalo que un irritado pasajero estaba armando a una azafata.

La pobre muchacha estaba en pie, en el centro del coche, tratando de limpiar las ropas del viajero, llenas de manchas y restos de comida, presa de un enorme azoramiento que no conseguía dominar por más esfuerzos que hacía.

El pasajero continuaba arrojando venablos por su boca y poniendo verdes a la Compañía, a todos sus servidores en general y a la camarera en particular, como si la pobre muchacha tuviera la culpa del inesperado frenazo del tren. La cólera del viajero había llegado a un punto tal que, perdiendo totalmente los estribos, dio un fuerte empujón a la muchacha, estando a punto de derribarla sobre los restos de la cena.

La camarera lanzó un involuntario grito de susto. Retrocedió trastabillando unos pasos, y con toda seguridad hubiera caído al suelo de no haber sido sostenida por los fuertes brazos del gigante.

—Me parece que ese tipo necesita una buena lección —dijo el joven, y avanzó hacia el mencionado.

—Perdone, amigo —dijo—, pero no me ha gustado el modo que tiene de tratar a las mujeres, y mucho menos a las que desempeñan un honrado y digno trabajo. ¿Qué mosca le picó para cometer esa incorrección?

Los ojos del personaje se entrecerraron.

—¿Y a usted quién diablos le dio vela en este entierro? ¡Lárguese de aquí, entrometido, antes de que...!

—¿Antes de qué? —preguntó tranquilamente el joven.

El rostro del viajero se coloreó aún más.

—Antes de que le vuelva la cabeza del revés —gruñó—. Nadie le llamó; con que... ¡fuera de aquí!

—Oh, sí, desde luego; pero no será sin antes haber pedido perdón a la señorita. ¡Vamos, discúlpese, grosero!

El viajero crispó los puños.

—Me parece que usted no sabe con quién está hablando, amigo —dijo.

—Ya lo creo que lo sé: ¡Con un cerdo que merece viajar en un vagón de ganado en lugar de entre personas decentes!

El pasajero estalló al fin.

—¡Miserable entrometido! —mascullÓ, y cerrando los puños saltó hacia el joven.

Éste lo aguantó a pie firme, sonriendo desdeñosamente.

Cuando su antagonista se le echó encima, el joven dio un paso lateral, al mismo tiempo que giraba su cuerpo y alargaba ambas manos.

Cogió a su enemigo por el cuello y el fondillo de los pantalones al mismo tiempo y, aprovechando el impulso que éste llevaba, añadió el de sus poderosos músculos, levantándolo en el aire y arrojándolo hacia su compañero.

—¡Atrápalo, Sikhar!

El gigante lanzó una estentórea carcajada que apagó el grito de rabia del pasajero. Lo estrechó entre sus brazos, sofocándole de modo que le cortó en seco la respiración.

—¿Qué hago con él, patrón?

—Ya lo oíste, Sikhar: hacerle que se disculpe ante la señorita.

El gigante soltó a su presa por un segundo, haciéndole luego volverse en redondo. Apoyó sus anchas manos en los hombros del pasajero y, con una irresistible presión le obligó a arrodillarse ante la joven, que en vano había tratado de evitar la escena.

—¡Vamos, cerdo, pide perdón a la señorita!

El viajero balbució unas frases incoherentes, con las cuales se dio por satisfecha aquella pareja. La camarera se alejó entonces y el gigante, sonriendo aún, soltó su presa.

El hombre se puso en pie, con el rostro de color escarlata. Se estiró instintivamente los pliegues de su sucio traje y mascculló unas cuantas palabras de amenaza.

—Tendrán ustedes noticias mías —gruñó—. Y antes quizá de lo que se imaginan. Ahora han ganado, pero más tarde lamentarán haberse metido conmigo.

—¡Fuera! —gritó el gigante, aplicando la punta de su bota al final de la espalda del viajero, haciéndole salir del vagón, en medio de las risas de los restantes ocupantes del coche.

Pero había alguien que no reía, alguien que había estado presenciando el incidente con suma atención, sin separar la vista de aquella original pareja de recién llegados, y era la joven del cabello oscuro con hilos de cobre y los ojos grises.

La muchacha estuvo estudiando durante un largo rato a los dos individuos, quienes, habiendo dado por cancelado el incidente, cenaban tranquilamente en sus respectivos asientos. Sobre todo, su atención estaba centrada en el rostro del joven, cuyos rasgos duros y enérgicos le recordaban una cara conocida, aunque sin poder precisar de quién. El joven llevaba unas gafas de cristal levemente teñido y un negro bigote que le sombreaba el labio superior, detalles éstos suficientes para cambiar una fisonomía de tal modo que se hiciera difícil, si no imposible, el reconocimiento. Pero, a pesar de todo, la muchacha estaba segura de haber visto aquel rostro antes en alguna otra ocasión.

Bruscamente el rostro de la joven se iluminó con un chispazo de alegría, prestamente apagado sin embargo. Como si hubiera recibido una repentina inspiración, tomó su bolso de viaje que tenía en la rejilla al alcance de su mano y lo abrió.

Hurgó en el bolso unos momentos, extrayendo de él al fin una fotografía y un lápiz.

La joven contempló la fotografía unos instantes, mirando a hurtadillas al pasajero del bigote y las gafas. Luego, chupando maquinalmente la punta del lápiz, empezó a dibujar en la cartulina.

El resultado fue un duplicado exacto de la imagen del joven que cenaba a dos metros de allí con toda tranquilidad. La muchacha sonrió, contemplando la fotografía, retocada, que guardó un instante más tarde en el bolso, devolviendo éste a la rejilla.

Acto seguido se inclinó hacia adelante y pulsó un botón. Una pantalla se iluminó al instante y un rostro apareció en ella.

—Conferencia con Denver, por favor. Con el número 5 ERA 2309.

—Un momento, señorita. No se retire, por favor —contestó la operadora.

Casi al momento el rostro de ésta fue sustituido por el de un hombre de unos treinta y cinco años, con los pelos caídos sobre la frente, ofreciendo todo el aspecto de haber sido violentamente arrancado de los brazos de Morfeo. Guiñó los ojos repetidas veces antes de centrar su visión y, cuando hubo reconocido a la autora de la llamada, farfulló unas palabras de protesta.

—¡Por el amor de Dios, Inge, qué horas son éstas de sacar a la gente de la cama!

—Cierra el pico, marmota —contestó la muchacha—. Toma tu cámara y corre a la estación del monorraíl a recibir al convoy que llegará a las once y diez minutos de la noche.

—¿Qué pasa? ¿Vienen los marcianos?

—Algo mejor, Chuckie; infinitamente mejor. Pero si no te das prisa, el «Clarín» perderá su mejor reportaje y a ti te echarán a patadas a la calle.

—¡Cielos! Debe ser algo muy gordo, ¿no?

—Lo es —contestó la joven lacónicamente—. Vamos, date prisa; apenas si queda media hora para la llegada.

—Está bien, está bien —gruñó el «cameraman»—; voy para allá. Todo será que nos ocurra como la otra vez, cuando dijiste que venía...

Pero ya Inge había cortado la comunicación y se echaba para atrás en su asiento, encendiendo un cigarrillo con gran complacencia por su parte, pensando en el sustancioso aumento de sueldo que iba a pedirle al editor del «Clarín». La casualidad la había puesto sobre una pista magnífica y no tenía la menor intención de perder de vista a aquel joven que, ahora se daba cuenta, la estaba mirando a hurtadillas, procurando no ser advertido, muy satisfecho, al parecer, de su relativa vecindad con aquella linda pasajera.

—Le gusta, ¿eh, patrón? —dijo el gigante por bajo.

—¡Psé...! ¡No está mal del todo, Sikhar! Acaso un poco delgada, pero...

—No trate de disimular, patrón —dijo el gigante, sonriendo—. Es realmente una belleza... y una mujer como ésta es la que le convendría

a usted para abandonar todas sus aventuras y sentar la cabeza de una vez.

—En el supuesto de que ella me quisiera, Sikhar.

Éste chasqueó los dedos.

—No tendría usted más que hacer ¡así!, y la tendría rendida a sus pies.

—¡Caramba, Sikhar! Gracias por tu fe en mis dotes de Casanova... pero me parece que me sobre valoras. Además —y ahora el rostro del joven se enserió repentinamente—, por el momento no tengo tiempo de entretenerme en amoríos. Ya sabes que hay algo que ocupa mi atención de un modo primordial sobre todas las cosas.

El gigante sacudió la cabeza.

—Patrón, con usted puedo permitírmelo, porque tengo confianza... pero creo que sus esperanzas son vanas y que acabará perdiendo el tiempo, como hasta ahora. El hombre que usted busca está muerto.

Los puños del joven se crisparon repentinamente, en tanto que la sonrisa se borraba por completo de sus facciones.

—¡Lo dieron por muerto, que no es lo mismo! Pero nadie me enseñó su cuerpo...

—No queda mucho de un cuerpo cuando una nave es destruida por una explosión de sus reactores en pleno espacio, patrón.

—No había ningún motivo para tal explosión, Sikhar. Todos los tripulantes de la «Moby Dick» eran fieles a su capitán.

—En todas partes hay un apóstol traidor a quien le gusta oír el tintineo de las treinta monedas, patrón —sentenció el gigante.

—Aquél no era el caso...

—No lo sabemos, patrón. El caso es que no ha quedado nadie para contarlo, de modo que es imposible saber lo que ocurrió en la «Moby Dick». Además, usted era muy joven; apenas si tenía quince años cuando sucedió aquello y todo lo que sabe es de oídas, no por referencias directas.

—He jurado consagrar mi vida a descubrir al autor de aquella felonía y lo conseguiré o dejaré el pellejo en el empeño, Sikhar. Si tienes miedo, puedes marcharte; nadie te obliga...

—¡Patrón, me está insultando! —protestó el gigante con acento dolorido.

—Pues entonces no me lo recuerdes más y déjame obrar a mi antojo.

—Yo solamente quería prevenirle...

—De sobra sé los peligros que me acechan, Sikhar, y peores los hemos pasado en el espacio, pero también aquí saldremos adelante. Y ahora —añadió el joven, consultando su reloj— lo mejor será que nos preparemos; el tren está refrenando ya su marcha para parar.

Diez minutos más tarde, el convoy se detenía en la estación de Denver iluminada como si fuera de día. Los pasajeros se agolparon en las plataformas, disponiéndose a salir, y la joven de los cabellos oscuros se acercó con renuente paso a la singular pareja, actuando con plena indiferencia.

Cuando el conductor hubo maniobrado el mando de apertura de las puertas, el joven y su acompañante se dispusieron a salir, sin apercibirse de que tras ellos venía la muchacha y a continuación de ésta el pasajero irritado. Frente a ellos, en el andén había un hombre con una cámara fotográfica, sin «flash», puesto que la esplendente iluminación de la estación lo hacía innecesario.

El fotógrafo se preparó. En aquel momento, Inge simuló tropezar.

Lanzando un gritito de susto, se dejó caer hacia adelante. Alargó las manos y, naturalmente, el mejor asidero que pudo hallar fueron los hombros del joven.

Éste se volvió, sosteniendo a la muchacha.

—¿Se ha hecho usted daño, señorita? —preguntó, sonriendo.

Ella movió la cabeza.

—No, no; solamente han sido estos tacones que... Usted ya me comprende, ¿verdad?

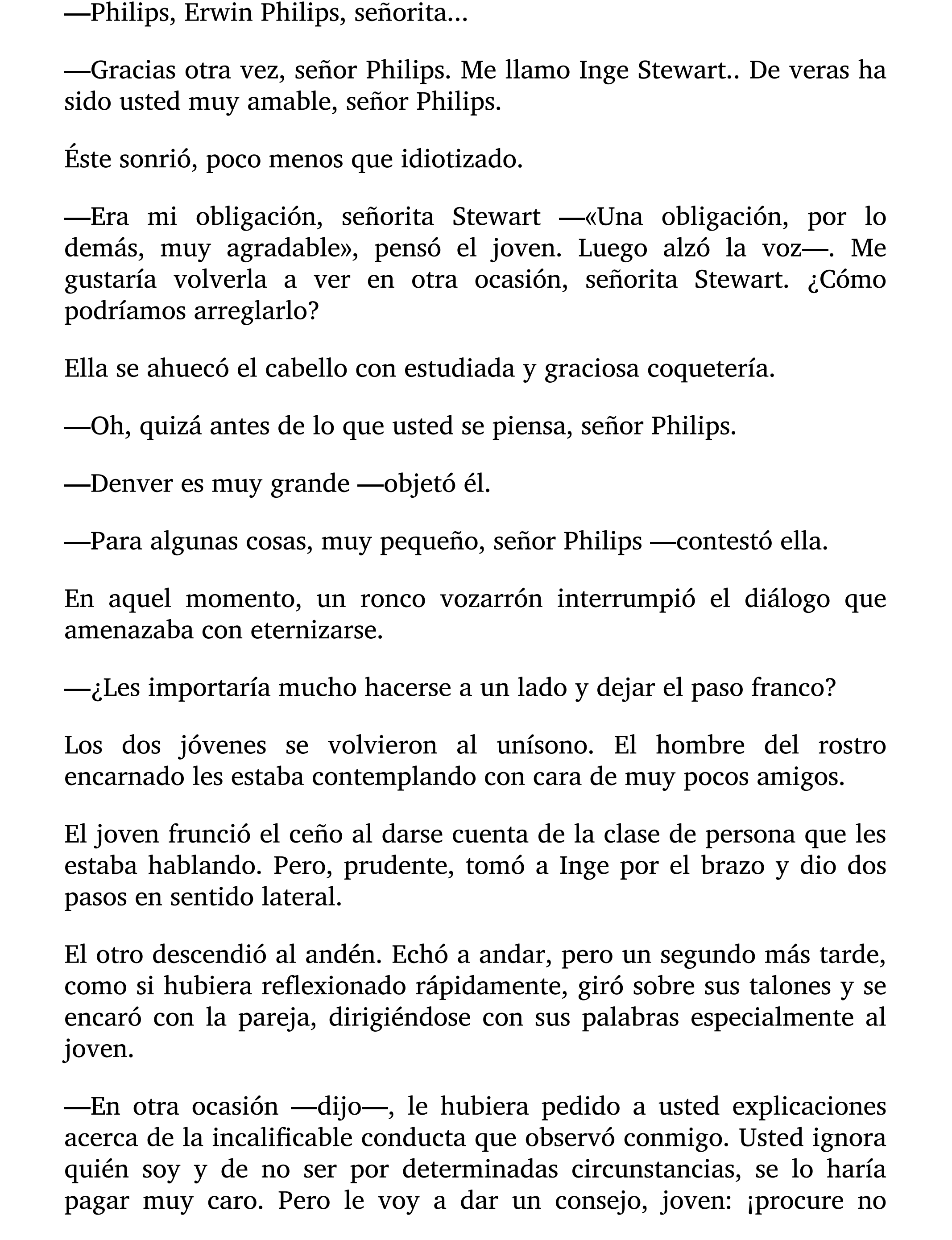
—Por cierto que sí, señorita —contestó él, sin dejar de sostenerla.

Y, como además, estaban aún en la misma portezuela del vagón, impedían la salida de los restantes pasajeros, con lo que el tipo de la cólera, con toda su indumentaria llena de manchas, permanecía allí aún en la portezuela tratando de evitar un segundo estallido.

Inge sonrió de nuevo, mirando al joven. Luego dijo:

—Muchas gracias, señor… No oí su nombre.

El interpelado sonrió.



—Philips, Erwin Philips, señorita…

—Gracias otra vez, señor Philips. Me llamo Inge Stewart.. De veras ha sido usted muy amable, señor Philips.

Éste sonrió, poco menos que idiotizado.

—Era mi obligación, señorita Stewart —«Una obligación, por lo demás, muy agradable», pensó el joven. Luego alzó la voz—. Me gustaría volverla a ver en otra ocasión, señorita Stewart. ¿Cómo podríamos arreglarlo?

Ella se ahuecó el cabello con estudiada y graciosa coquetería.

—Oh, quizá antes de lo que usted se piensa, señor Philips.

—Denver es muy grande —objetó él.

—Para algunas cosas, muy pequeño, señor Philips —contestó ella.

En aquel momento, un ronco vozarrón interrumpió el diálogo que amenazaba con eternizarse.

—¿Les importaría mucho hacerse a un lado y dejar el paso franco?

Los dos jóvenes se volvieron al unísono. El hombre del rostro encarnado les estaba contemplando con cara de muy pocos amigos.

El joven frunció el ceño al darse cuenta de la clase de persona que les estaba hablando. Pero, prudente, tomó a Inge por el brazo y dio dos pasos en sentido lateral.

El otro descendió al andén. Echó a andar, pero un segundo más tarde, como si hubiera reflexionado rápidamente, giró sobre sus talones y se encaró con la pareja, dirigiéndose con sus palabras especialmente al joven.

—En otra ocasión —dijo—, le hubiera pedido a usted explicaciones acerca de la incalificable conducta que observó conmigo. Usted ignora quién soy y de no ser por determinadas circunstancias, se lo haría pagar muy caro. Pero le voy a dar un consejo, joven: ¡procure no

cruzarse por segunda vez en mi camino! No se cruce o le pesará.

Erwin Philips sonrió sin amilanarse por el amenazador tono de su interlocutor. Luego algún pequeño e irreflexivo diablillo se agitó en el interior de su cerebro.

Sacó la lengua.

—¡Buuu…! —le hizo, completamente ignorante de que a unos metros de él había un fotógrafo, que estaba lanzando alaridos de satisfacción para su propio coleto.

El rostro del individuo se coloreó aún más. Por un instante pareció que éste iba a lanzarse sobre Philips pero, conteniéndose, dio media vuelta y se alejó con paso rápido.

Poco después la pareja se despidió. Inge se quedó allí; cuando estuvo sola, el fotógrafo se acercó a ella.

—¡Hola, chica!

—Hola. ¿Sacaste fotos de todo?

—¡Inge! ¡Me he «hinchado»! ¿Quiénes eran esos tipos?

—Dame la cámara; yo haré que revelen las fotografías. Tú sigue a esa pareja y no la pierdas de vista por nada del mundo. Llámame al «Clarín» cuando hayas averiguado algo.

—¡Pero…!

—¡Aprisa, Chuckie, aprisa; no hay tiempo que perder!

CAPÍTULO III

El coronel Bodke caminó a grandes zancadas por el liso corredor de la Jefatura de la Tercera Patrulla del Espacio hasta llegar a una puerta, en la que se veía a un soldado, de pie, con las piernas separadas y los brazos a la espalda. El soldado se puso rígido y le saludó, a lo cual dio Bodke una indiferente respuesta.

El coronel abrió la puerta y murmuró:

—¿Puedo pasar, general?

—¡Entre, Bodke, entre! —se oyó una voz, y el coronel, obedeciendo, penetró en el despacho de su jefe.

El general Marley no estaba solo. Se encontraban allí, además de él, dos oficiales de las Patrullas del Espacio, todos los cuales parecían muy entretenidos contemplando las imágenes fotografiadas que traía un periódico que se veía desplegado sobre la mesa. El «Clarín» era uno de los pocos fieles todavía al sistema antiguo de imprenta y papel, aunque naturalmente, con el paso de los años, la técnica había mejorado y las fotografías que allí se reproducían lo eran a todo color, de tal modo que eran un calco exacto de la escena que se había impresionado.

—Buenos días, general —saludó Bodke urbanamente—. Buenos días, señores.

—Buenos días, coronel. Tome una silla, por favor. A propósito, Bodke, ¿ha leído usted el periódico de esta mañana?

—No, si le he de ser franco, general —contestó el interpelado—. Vine bastante cansado del viaje, pues, siguiendo su recomendación, lo hice como un vulgar pasajero, para pasar inadvertido y…

Marley le interrumpió sarcásticamente.

—Conque para pasar inadvertido, ¿eh? ¿Qué me dice usted de la primera plana del «Clarín», Bodke? ¿No la ha leído?

El coronel miró a su superior con aire absorto. Luego alargó la mano y tomó el periódico, sin reparar en las maliciosas sonrisas que se cruzaban entre los otros dos oficiales.

Apenas hubo echado un vistazo al periódico, Bodke soltó una espantosa imprecación. Un turbión de cólera le cegó y, sin poderse contener, arrugó el diario.

Marley se lo tomó suavemente de entre las manos, sin que el aturdido coronel osara hacer la menor resistencia. Luego dijo:

—Ha hecho usted el ridículo más espantoso, coronel. Y no solamente lo ha hecho usted, sino que nos lo ha hecho hacer a nosotros. ¡Viajar con el propio Lex Compton en el mismo vagón y soportarle sus impertinencias sin darle la respuesta adecuada! Y luego, para colmo, discutir con él en plena estación… ¿Dónde tenía usted los ojos,

coronel?

—¡Pero... pero...! General... ¿quién iba a pensar?

—¡Usted! ¡Usted era el que tenía que pensarlo! —tronó Marley—. Una tonta periodista ha sabido verlo desde el primer momento y usted... que lo tenía al lado, que podía haber dado el mejor golpe de su carrera, sin arriesgar nada, evitando al Tesoro una infinidad de gastos, se lo ha dejado escapar como un idiota.

—¡General! —se encrespó Bodke.

—¡Sí, como un idiota! —le apostrofó Marley—. Si en mi mano estuviera, le haría degradar inmediatamente. Pero ya están trazados los planes y... Bien, coronel; dispóngalo todo para capturar a Compton.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó Bodke un tanto ingenuamente.

—¿Cómo quiere que lo sepa yo? —vociferó el general—. Eso es cuenta suya, Bodke... pero lo cierto es que está en Denver. Anoche vino... en su mismo vagón. ¿O ya lo ha olvidado? —concluyó el general con despiadado sarcasmo.

El rostro de Bodke se puso del color de la langosta cocida.

—Señor —dijo, al mismo tiempo que se ponía en pie—, ahora es cuando hago mías las palabras que ese periodista se inventó: ¡Captura o dimisión!

* * *

El llamado Erwin Philips, que no era otro que el capitán Lex Compton, sacó un billete del bolsillo y lo arrojó sobre las rodillas del conductor cuando éste hubo detenido el turbotaxi. Sikhar abrió la portezuela y saltó a tierra, sosteniéndola con la mano hasta que su jefe se hubo apeado del coche.

Una vez en la acera, el joven levantó la vista hasta el cielo, mirando la casa que tenía frente a sí. Escrutó luego el portal y comprobó el número de la misma.

—Debe de ser ésta, sin duda alguna, Sikhar. ¡Vamos!

Los dos hombres caminaron ágilmente, cruzando la acera. Se metieron

en el portal y utilizaron el ascensor para subir al décimo piso. Recorrieron luego el pasillo hasta llegar a una puerta.

Sikhar oprimió el timbre. Sonó al otro lado un apagado zumbido y al instante una lucecita verde se encendió.

Lex Compton se apartó a un lado, pues no quería que su rostro fuera visto por el objetivo de la televisión.

Una voz salió al pasillo.

—¿Quién es?

—Amigos suyos, Faschino. Queremos verle un momento.

—Yo no tengo ningún amigo. ¡Lárguense!

—¡Aguarde un momento, Faschino! Voy a enseñarle algo que le recordará nuestra amistad.

Lex metió mano en el bolsillo y sacó un billete de elevada denominación, colocándolo ante el visor.

—¿Qué le parece este recuerdo?

Un segundo más tarde, la puerta se abría, dejando ver, a través de una estrecha rendija, un par de diminutos ojillos en los cuales brillaban simultáneamente la codicia y el miedo.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es lo que quieren de mí?

—Hablarle un momento, Faschino. Pero no aquí, claro, sino dentro.

—No me fío… —se quejó el individuo.

Lex, harto ya, empujó la puerta con el hombro, haciendo retroceder al individuo.

Éste corrió hacia el interior del apartamento, volviendo a los pocos segundos con una pistola en la mano.

—¡Váyanse! ¡Váyanse de aquí inmediatamente! ¡Yo no tengo amigos!

—Cálmese, Faschino —dijo Lex—. Nadie pretende hacerle el menor daño. Y como prueba de que cuanto digo es verdad, aquí tiene un par de billetes de los grandes. Le hacen falta, ¿verdad?

Faschino miró codiciosamente el dinero que Lex había dejado sobre la mesa del fonovisor. Pero no bajó la pistola.

—Acabemos de una vez —gruñó, sin abandonar sus recelos—; ¿qué es lo que quieren ustedes de mí?

Lex caminó hacia un usado diván, en el cual se sentó displicentemente, al mismo tiempo que encendía un cigarrillo. Sikhar, con los brazos cruzados, se apoyaba de espaldas en la pared.

—Según mis informes, usted, Faschino —dijo el joven—, era el primer oficial de la nave «Hesperia», ¿no es así?

—Sí —concedió de mala gana el aludido.

—La «Hesperia» iba al mando del capitán Brod Compton. Traía un cargamento de metales preciosos, además de su tripulación y media docena de pasajeros, todos ellos científicos que se habían pasado unos cuantos años en las lunas de Júpiter y estaban ansiosos por regresar a la Tierra.

—Eso es lo que dicen.

—¿Lo que dicen? —rió Lex—. ¿Es que usted no iba a bordo de la «Hesperia»?

—Bueno, en realidad, ya...

—No siga, Faschino; lo haré yo en su lugar. Bien, continuando con el relato, diré que, apenas rebasado el cinturón de asteroides, la «Hesperia» estalló como un triquitraque. Un fogonazo y ¡paf!, unos cuantos cientos de millones de «garants» que se evaporan, ¿no es así?

»Pero el dinero es lo de menos. Son las vidas de quienes iban a bordo de la «Hesperia» lo que nos interesa en el presente caso.

La lengua de Faschino asomó entre sus pálidos labios, humedeciéndolos.

—Yo no fui... —dijo con débil acento; y entonces Lex inclinó el cuerpo hacia adelante.

—Pero sabe quién lo hizo, Faschino.

—¡No!

—¡Sí! ¡Tiene que saberlo! ¡A la fuerza! De lo contrario... —y Lex le

miró con infinito desprecio—... ¿estaría vivo ahora? ¿Cuánto le dieron por su silencio? ¡Vamos, conteste!

Faschino bajó el brazo, se pasó la mano por la frente y caminó hacia un pequeño bar que había en el lado opuesto de la estancia. Se sirvió una copa y después otra, quedando a continuación con los codos apoyados en el mostrador, vuelto de espaldas a los visitantes.

Lex prosiguió, implacable, con su requisitoria.

—Alguien alteró el equilibrio nuclear de los motores, dejándolos en situación inestable. Ese alguien dispuso luego un bote de salvamento y se largó apenas un par de minutos antes de que estallara la nave. ¿Quién era, Faschino?

—No... no lo recuerdo... Han pasado tantos años... —se excusó el miserable, sin volver aún el rostro.

—No diga majaderías, Faschino. Usted no podría olvidar a ese hombre aunque pasaran mil años. Oficialmente ha muerto, porque, también oficialmente, usted fue el único superviviente de la «Hesperia». Le vio embarcar en el bote y usted le siguió, yéndose con él. Luego se separaron, no sin que usted fuera previamente sobornado para guardar silencio.

—Eso no es cierto —gruñó Faschino—. De haberse desarrollado las cosas tal como usted las dice, yo no estaría vivo ahora. ¿No cree que ese hombre se hubiera asegurado mi silencio mucho mejor matándome que no gastándose en mí una fortuna?

—Usted no ha sido tonto nunca, Faschino, y en los primeros momentos dominó la situación. Y no sólo la ha dominado, sino que estoy por apostar que incluso le ha estado haciendo objeto de un chantaje. Dígame que miento, ande.

—¿Y qué? —se volvió Faschino súbitamente, encañonándole de nuevo con la pistola. El licor le había coloreado las mejillas, infundiéndole, además, unos ánimos de que había carecido hasta entonces.

—¿Y qué, si le chantajeo? —repitió—. Eso es cuenta mía, no suya. ¿Qué me importa a mí que la «Hesperia» y todos los que en ella viajaban se fueran al diablo? ¿Y si a mí no me importa, usted, por qué ha de preocuparse? ¿Qué interés tiene para usted un suceso acaecido hace quince años?

El rostro de Lex se endureció repentinamente.

—Mucho —dijo, y se levantó, caminando lentamente hasta ser detenido por la boca de la pistola que todavía empuñaba Faschino—. Mucho más que lo que usted opina.

—¿Sí? —sonrió, entrecerrando los ojos Faschino—. Oiga, ¿sabe que podría quitarle todas sus preocupaciones con sólo apretar el gatillo?

Una sonrisa desdeñosa se dibujó en los labios del joven.

—Usted es un cobarde, como buen traidor, y no se atrevería a hacer tal cosa. Cargó con la muerte del capitán Brod Compton, pero no se atrevería a hacer lo mismo con la del hijo.

Los ojos de Faschino se abrieron desmesuradamente.

—¡Usted! —y se tambaleó como si hubiera recibido un puñetazo en pleno pecho—. ¡Usted, el hijo de Brod Compton!

—El mismo —sonrió el joven. Luego se puso serio—. El mismo, que trata de vengar la muerte de su padre. Por eso he venido a verle aquí, Faschino.

—¿Y piensa que yo le voy a decir cuál fue el nombre del individuo que hizo volar la «Hesperia»? ¡Está loco, Compton!

—Piense que puedo arrancarle ese secreto por la fuerza, Faschino.

—Antes le mataría yo a usted, Compton. Sé manejar una pistola.

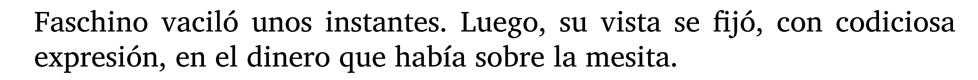
—No es usted hombre capaz de apretar el gatillo de esa pistola —dijo el joven—. ¿Lo ve? La mano le tiembla… porque tiene la conciencia tan sucia como una chimenea de leña. Vamos, suéltelo y le prometo olvidar la parte que tuvo usted en la voladura de la «Hesperia».

—¡Yo no lo hice! —chilló el traidor.

—Es lo mismo —dijo severamente el joven—. Pudo haber evitado la tragedia, pero prefirió escapar. Tan culpable es usted como el que aceleró la reacción de los motores, provocando el estallido. ¿Qué le parecería si me fuera con el cuento a las Patrullas de que usted no es el único superviviente de la «Hesperia», que hubo otro que, dado oficialmente por muerto, está viajando bajo nombre supuesto?

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Faschino con suspicacia.

—¡Eso no le importa! Tengo muchos medios de información, pero… ¡vamos, conteste!



Faschino vaciló unos instantes. Luego, su vista se fijó, con codiciosa expresión, en el dinero que había sobre la mesita.

—Es poco —dijo significativamente.

Pacientemente, Lex metió mano al bolsillo.

Mas en aquel momento, un fuerte empujón en el pecho le hizo retroceder, trastabillando. Y Faschino, lanzando un rugido de cólera, se abalanzó sobre el fonovisor.

Pero no pudo llegar a él. Sikhar obró rapidísimamente.

Una silla se deslizó por el suelo, alcanzando las piernas de Faschino y, enredándose en ellas, le hizo caer al suelo. Faschino lanzó un agudo grito y abrió la mano instintivamente, dejando escapar la pistola, que quedó a un metro de él.

El traidor trató de incorporarse y alcanzar el arma. El pie de Sikhar la hizo volar hasta el lado opuesto de la estancia.

Inclinándose sobre él, Lex le tomó por la camisa, levantándolo en vilo. Luego le golpeó el rostro con la mano, de palma y revés, haciéndole saltar las lágrimas.

—¡Vamos, canalla, decídete de una vez! ¿Quién fue el criminal?

—¡No... no puedo! —sollozó Faschino, sabiéndose derrotado.

Lex repitió los golpes. El traidor se convenció de que ya no tenía otro remedio que hablar.

—Lo diré, lo diré... Pero, por favor, no me pegue más —se lamentó.

—Está bien. Eso depende de ti, Faschino. Dime quién fue ese individuo y te dejaré en paz.

Faschino sorbió ruidosamente. Luego dijo:

—Era el navegante. Tony Corydon.

—¿Por qué lo hizo?

—No... no me dio nunca explicaciones.

—¡Mientes! Pero esto no me importa tanto. Ya se lo sacaré a él cuando le eche la vista encima. ¿Qué nombre usa ahora, Faschino?

El rostro del traidor palideció terriblemente.

—Me mataría si supiera que yo…

—No tienes opción, Faschino. Él no sabe que estamos aquí, y nosotros podemos actuar mucho antes. No me interesa su nombre pasado, sino el que lleva actualmente, ¿me comprendes?

Nuevamente volvió Faschino a humedecerse los labios con la lengua. Vaciló, tosió, pero cuando ya abría la boca para hablar, la lamparita verde del sonovisor empezó a titilar al mismo tiempo que en la estancia se oía un monótono zumbido.

Lex hizo una seña al granuja.

—Ve —dijo —, y mucho cuidado con irte del pico.

Faschino obedeció, viéndose ahora amenazado por su propia pistola, que había pasado a manos del gigante. Movió el conmutador y al instante se oyó una voz ansiosa.

—¡Capitán Compton! ¡Capitán Compton! ¡Capitán Compton!

La sorpresa de los tres hombres fue enorme.

Faschino se volvió hacia el joven y le dijo, estupefacto:

—Es… es para usted, capitán.

Lex vaciló un segundo. Al fin se colocó ante la placa, dejando que el objetivo receptor enfocara su rostro.

Se estremeció al reconocer la cara de la persona que le llamaba tan ansiosamente. Era aquella muchacha a quien conociera en la estación del monorraíl.

—¡Inge Stewart! —exclamó, totalmente desconcertado—. ¿Cómo dem… cómo se enteró…?

Ella le interrumpió:

—Ahora no son horas de pedir explicaciones capitán, sino de actuar y con urgencia. Salga cuanto antes de ese apartamento, si no quiere verse atrapado como un ratón por el coronel Bodke y sus patrulleros.

Él se extrañó:

—¿Eh? ¿Qué está usted diciendo, Inge?

—Lo que acaba de oír, capitán. Pero dese prisa, ¡por el amor de Dios! Si se queda ahí parado, si pierde tan sólo cinco minutos será demasiado tarde para huir.

Apenas pronunciadas estas palabras, el rostro de la muchacha se esfumó al cortar ella la comunicación, y Lex, dándose cuenta que la cosa iba absolutamente en serio, tomó una resolución. Dijo:

—Ahora no puedo entretenerme contigo, Faschino... pero yo te haré hablar, descuida.

El granuja quiso contestar, pero no tuvo tiempo de abrir la boca.

¡Craaak...!

Faschino cerró los ojos, emitiendo un largo suspiro cuando su mandíbula hubo recibido el duro impacto del puño de Lex. Sus piernas flaquearon y hubiera caído al suelo de no haber sido detenido por los propios brazos del joven.

—¡Buen golpe! —dijo Sikhar.

Lex urgió a su ayudante:

—¡Larguémonos de aquí, Sikhar! ¡Lleva tú este fardo; yo iré delante!

—Bien, patrón.

El gigante asintió, tomando con un solo brazo el cuerpo inanimado de Faschino. Lex cogió la pistola y los dos echaron a correr hacia el ascensor del edificio.

Por fortuna, estaba detenido en el mismo piso. En contados segundos llegaron al nivel de la calle. Nadie les salió al paso dentro del edificio, pero fuera, en la acera, algunos de los transeúntes se volvieron para mirarles, extrañados y asombrados a un tiempo. No era para menos.

En aquel momento, el gemido de las sirenas policíacas desgarró el ambiente. Lex miró desesperadamente en ambos sentidos, insultándose a sí mismo por no haber cubierto su retaguardia mediante un turbotaxi o vehículo similar. Ahora era tarde, y los coches policiales se vislumbraban ya en el extremo de la calle, acercándose rápidamente.

CAPÍTULO IV

La situación era sumamente crítica para Lex y su acompañante.

El joven no se detuvo a pensar de qué misteriosa forma había averiguado Inge su paradero, como tampoco quién había sido la persona que había puesto en antecedentes a la sección terrestre de las Patrullas del Espacio. Eran unos detalles secundarios en el momento actual.

Su vista recorrió rápidamente todo el ámbito de la calle, tratando de hallar un vehículo en el cual poder emprender la huida con un mínimo de posibilidades de éxito. Al fin lo halló.

Un poderoso automóvil de turbina, bajo, alargado, de forma torpedo, surgió ante ellos casi como por ensalmo. La portezuela, que más parecía una escotilla, se abrió y una voz gritó desde el interior:

—¡Aprisa! ¡Pasen dentro!

Lex no se entretuvo a mirar quién era su inesperado salvador, ni tampoco se le ocurrió preguntarle por los motivos de su acción. Empujó a Sikhar y éste, comprendiendo, lanzó dentro del coche al inanimado Faschino.

Los dos hombres penetraron a continuación, y todavía estaban acomodándose, cuando el turbocoche partió raudamente, dejando tras sí la estela de un profundo rugido.

Lex y Sikhar fueron derribados al fondo del vehículo, por el inesperado acelerón. Cayeron revueltos, agitando frenéticamente pies y manos en busca del equilibrio perdido, y apenas se hubo recobrado un poco el joven, cuando tuvo la necesaria presencia de ánimo para asomar un poco la cabeza por el vidrio de la ventanilla más próxima, se vio obligado a abrir la boca.

Era lógica su estupefacción, puesto que el suelo se iba quedando bajo ellos con terrible rapidez, la cual aumentaba más y más a cada segundo que pasaba.

El turbocoche aceleró enormemente, trepando por la atmósfera a una marcha terrorífica. Lex sintió en su cuerpo los efectos de la aceleración, pero, astronauta experto, supo dominarlos. Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, consiguió hallar una posición más cómoda, detrás justamente del asiento del piloto.

Éste no había vuelto la cabeza desde que les cogiera en el vehículo que de terrestre se había transformado en aéreo, mediante el expeditivo procedimiento de hacer surgir de la parte posterior de sus costados unas pequeñas alas en forma de delta, lo que le proporcionaba la velocidad necesaria para la sustentación en vuelo. Lex miró al piloto, viéndole solamente la nuca, cubierta por un casco de blanco cuero. Le pareció hallar en él algo conocido, aunque prefirió dejar las averiguaciones.

Acomodó a Faschino en su asiento, sujetándole con las correas, para que no se balanceara demasiado peligrosamente. Luego, en seguridad ya, pasó una pierna sobre el asiento delantero y se sentó al lado del piloto, contemplándolo ahora de perfil.

Una involuntaria exclamación se escapó de sus labios.

—¡Inge Stewart!

La muchacha sonrió cautivadoramente, aunque sin mirarle directamente, centrada toda su atención en el manejo del aparato, cuya velocidad, en pocos segundos, había rebasado la del sonido.

—La misma, capitán Compton —dijo alegremente.

—¿Cómo se las ha arreglado usted para...?

—¿No sería mejor dejar las explicaciones para más adelante, capitán? En estos momentos ando muy ocupada manejando este trasto, Luego hablaremos. Ahora, por favor, dígame el rumbo... porque yo no sé hacia dónde piensa usted dirigirse.

—¿Ya sabe a lo que se expone al prestar auxilio a un fugitivo de la justicia?

Ella se encogió de hombros.

—¡Bah! No se preocupe, capitán; alguien se encargaría de sacarme muy pronto de la cárcel. El rumbo, por favor —le repitió.

Lex arrojó una rápida mirada al tablero de instrucciones. Dijo:

—Ponga rumbo al sudoeste. Siga así hasta que yo se lo indique.

La muchacha obedeció. Con hábiles manos hizo describir una curva de casi ciento ochenta grados al aparato, que ya volaba a varios miles de metros de altura, acelerando aún más a cada segundo que transcurría.

El artefacto había salido de Denver en dirección casi opuesta y en aquellos pocos segundos se habían distanciado de la ciudad en varios centenares de kilómetros.

Lex sintió que le tocaban en la espalda. Se volvió, viendo que Sikhar le señalaba el cuerpo de Faschino, quien empezaba a rebullir, dando señales de vida. Le dijo:

—Cuídate de él y procura que no nos moleste. Luego continuaremos.

—Muy bien, capitán.

El aparato prosiguió su vuelo a una velocidad aterradora. Dentro de la cabina ya no se sentía nada, puesto que el sonido quedaba tras ellos. De pronto. Lex se sintió aprensivo.

—Oiga, Inge, ¿no nos seguirán los patrulleros?

—Probablemente, sí —contestó ella—. Pero tardarán en alcanzarnos, porque sus coches no eran aéreos, y habrán tenido que retroceder al aeropuerto. De todos formas, es casi seguro que estemos localizados por el radar y el alcanzarnos será cuestión de poco. No obstante —añadió—, supongo que usted tendrá algún escondrijo por ahí, ¿verdad?

—Desde luego. Y no tardaremos mucho en llegar a él. Un punto al sur, por favor.

El avioncito enderezó su rumbo ligeramente. En la parte posterior de la cabina, Faschino empezó a protestar, pero calló al instante cuando el enorme puño de Sikhar se paseó por delante de sus narices.

Transcurrió media hora más. De pronto, el aparato se tambaleó bruscamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Lex.

Inge no contestó, muy atareada en los mandos. Lex vio que las manos de la muchacha se movían frenéticamente y que su rostro palidecía, y empezó a temer algo no bueno.

—Vamos, contésteme —le urgió él.

La muchacha siguió con sus nerviosos manejos. El aparato picó de pronto y se necesitó toda la habilidad de Inge para hacerle recobrar la estabilidad. La notable reducción de la velocidad fue ahora patente.

Inge se volvió hacia Lex con una sombría expresión de desespero retratada en su rostro.

—Se nos ha agotado el combustible.

—¿Eh? —estalló el joven, aturdido.

—Lo que oye, capitán Compton. No queda ni una gota de carburante en los depósitos del aparato.

El joven ahogó una interjección.

—Pero, ¿cómo diablos...?

—No lo sé, capitán —dijo la muchacha, terriblemente compungida, a punto de echarse a llorar—. Quizá haya sido un descuido mío... o acaso de Chuckie, el propietario del aparato.

—¿Y quién es ese condenado Chuckie, si puede saberse?

—Mi... mi fotógrafo —declaró ella, luchando valientemente por mantener el equilibrio de la nave, la cual perdía altura vertiginosamente.

—¿Su... su fotógrafo? No entiendo... —y de repente, el rostro de Lex se iluminó. Apretó los labios—. De modo que usted ha sido la que descubrió todo el pastel, ¿eh?

—Sí, pero ahora no son momentos de reproches, capitán. Yo estoy muy asus... asustada... Ayúdeme usted, por el amor de Dios...

Lex asintió con seco gesto de cabeza.

—Páseme los mandos —dijo—, y sujétese firme con el cinturón.

La muchacha obedeció. Lex se hizo cargo del aparato y procuró mantener la estabilidad, al mismo tiempo que hacía esfuerzos inauditos por reducir el ángulo de caída. La velocidad del aparato era ahora inferior a la del sonido, y las alas, al cortar el aire, producían un chillido agudísimo.

Lex hizo describir al aparato una curva completa, buscando desde la altura un lugar apropiado para el aterrizaje. Dudó mucho de poder hallarlo, pues se encontraban sobre la vertical del Gran Cañón, y el suelo aparecía surcado por infinidad de grietas, cuya sola contemplación ponía los cabellos de punta.

Puso en marcha el detector de radar, para orientarse, y emitió un suspiro de satisfacción.

—Si tomamos tierra con un poco de suerte, podremos salir adelante.

—¿Por qué lo dice usted, capitán? —preguntó Inge.

—Lo verá si conserva esa hermosa cabecita intacta. En caso contrario, ¿qué más le da?

Ella no contestó, retrepándose ofendida en el asiento. Ahora el avión caía rápidamente, agotado por completo su combustible y falto, por tanto, de todo medio de propulsión. Las alas tenían muy poca superficie sustentadora y no servían para un planeo adecuado, por lo que el suelo se les acercaba con más rapidez que la que ellos hubieran deseado.

De pronto, el avión se estremeció. Las manos de Lex se aferraron a los mandos, intentando estabilizarlo de nuevo, pero los saltos y rebotes del aparato continuaron.

Detrás de ellos, Faschino se agitó y saltó, al mismo tiempo que chillaba enloquecido.

—¡Déjenme salir de aquí! ¡Yo no quiero morir! ¡Nos vamos a estrellar todos! ¡Déjenme salir!

Lex lanzó una sonora maldición.

—Sikhar, estúpido: ¡sujeta a ese demente!

Los dos hombres se pusieron a luchar frenéticamente en el reducido espacio de que disponían. El aparato se inclinó a un lado peligrosamente cuando Sikhar y Faschino rodaron por el suelo y sólo un enorme esfuerzo de Lex consiguió evitar la que parecía inminente catástrofe. Los gritos del enloquecido Faschino atronaron el ambiente.

La tierra se aproximaba a ojos vistas. De pronto, Sikhar lanzó un gruñido y se revolcó por el suelo, sujetándose el vientre con las manos.

Inge chilló aterrorizada.

—¡Capitán, se escapa!

Lex se volvió en el asiento. Alargó la mano.

—¡Faschino, animal, estese quieto!

—¡Me voy de aquí! ¡No quiero morir!

Lex soltó por un momento los mandos, sacando medio cuerpo por el respaldo de su asiento. Pero fue detenido bruscamente por las correas de seguridad, y sus manos, que habían esperado atrapar el cuerpo del aterrorizado granuja, se cerraron en el vacío.

El avión se tambaleó de un modo terrible al descender sin mandos. Faschino abrió la puerta, provocando con ello un mayor desequilibrio en el aparato y, sin vacilar, se lanzó de cabeza.

Inge gritó, al mismo tiempo que se cubría el rostro con ambas manos. Por un segundo, Lex vio descender el cuerpo del traidor a plomo, con fulgurante velocidad, agitando brazos y piernas como un pájaro de nueva especie. Pero, casi en el acto, recordó que el avión también caía, sin gobierno alguno, y recobró los mandos, luchando denodadamente por recobrar la perdida estabilidad.

El viento silbó agudísimamente al ser hendido por las alas del aparato. Habiendo conseguido dominarlo, Lex voló en grandes círculos, perdiendo altura con rapidez en cada uno de ellos, al mismo tiempo que trataba de buscar un lugar apto para la toma de tierra.

Pero no había otro sitio más salvaje que aquél sobre el que se hallaban. En el fondo de la inmensa hendidura, el Colorado corría, rugiendo espumeante, con sus aguas teñidas del característico color amarillento que lo había distinguido desde siempre. El aparato se hundió de pronto en el Cañón.

El río se les aproximó ahora con grandísima rapidez. Los muros del Cañón parecían subir velozmente, estrechándose en la altura, sin que parecieran ensancharse en la parte inferior. Corrientes de aire encontradas, ascendentes, sacudieron el aparato como una pluma, haciéndolo oscilar peligrosamente.

El momento del contacto se acercaba. Ahora el aparato planeaba en línea recta, enfilando decidido el curso del río. Afortunadamente, Lex había conseguido orientar el aparato convenientemente, de modo que tocarían las aguas a contracorriente, lo cual facilitaría enormemente su detención.

En el último instante, y merced a un desesperado golpe de timón, Lex alzó el morro del aparato. La parte inferior de éste levantó una enorme turbonada de sucias espumas, que empapó al instante, por la

parte exterior, los vidrios de las ventanillas. El avión saltó y rebotó epilépticamente, sacudido por las oleadas del río, que parecía venir crecido, y lo acometió a gran velocidad.

Ruidos y crujidos se oyeron por todas partes, como si el aparato amenazara con deshacerse. Pero las manos de Lex estaban firmemente aferradas a los mandos y mantuvieron la estabilidad, guiándolo, además, hacia la orilla que, aunque escarpada, no estaba lejana.

Hendiendo las aguas a una velocidad de vértigo, dejando tras sí una colosal estela de espuma, el aparato se aproximó a la orilla. Un rojo muro de rocas se alzó delante de ellos, pero un hábil golpe de timón consiguió evitar el choque que, por unos instantes, había parecido inminente. Luego, el avión, ya sin rumbo, se precipitó contra una enorme y cercana playa, llena de piedras y rocas.

Un terrible ruido de metales desgarrados se oyó cuando la panza del artefacto se rasgó al choque con las rocas. El aparato saltó, agitándose como caballo encabritado. Levantó la cola y, por unos instantes, pareció fuera a volcar.

Pero la detención había sido definitiva. La cola volvió atrás, quedando hundida en el agua, y el artefacto no se movió ya más.

Durante unos momentos, en el interior del destrozado vehículo no se oyó otro ruido que el bronco rumor de las aguas del río, multiplicados sus ecos por las escarpadas paredes del Gran Cañón. Después, Lex empezó a actuar.

La portezuela de su lado estaba bloqueada por una roca, que le impedía abrirse. Pero el aparato disponía de una escotilla en el techo, que Lex descorrió hacia atrás, izándose a continuación hacia arriba.

Miró en torno a él. La mitad del vehículo estaba sumergida en el agua cuyas espumas lo salpicaban de vez en cuando. El suelo firme se hallaba a unos cinco o seis metros, pero se podía llegar hasta él con facilidad.

Inclinándose, dio la mano a Inge, ayudándola a trepar arriba. Luego, sin soltarla, saltó con ella, hundiéndose en el agua casi hasta la cintura. Vacilaron un momento, pues, a pesar de todo, la corriente tenía allí cierta fuerza, pero consiguieron mantener el equilibrio y avanzaron hacia la orilla, a la cual llegaron en unos momentos.

Sikhar les siguió, sacudiéndose como un perro mojado. Se rascó la nuca y dijo filosóficamente:

—¡Bueno! Peor podría haber resultado, ¿verdad, patrón?

—Es cierto. En medio de todo, aún hemos salido bien librados. Pero, en cambio, ese Faschino…

Inge se estremeció.

—Oh, por Dios, no me lo recuerde, capitán.

En medio de la decepción que sentía, Lex aún halló las fuerzas suficientes para echarse a reír.

—¡Vaya! A juzgar por su profesión, la creí más habituada a estas cosas, Inge. ¿Qué se hizo de su valor y sangre fría? —le preguntó con ironía no disimulada.

—Eso es muy diferente —protestó la joven—. Además…

—Mejor será que lo dejemos —cortó Lex.

—Usted lo ha dicho, capitán. Ahora, lo que interesa es salir de aquí —dijo Inge, mirando en torno a ella, estremeciéndose al contemplar los elevadísimos muros del Cañón, que parecían unirse casi en las alturas.

—No será sin que usted me haya aclarado algunas cosas, Inge. Por ejemplo: ¿cómo sabía usted que yo me hallaba en casa de Faschino?

Ella sonrió débilmente.

—Le tenía vigilado desde anoche, capitán. Mi fotógrafo les siguió a ustedes, con orden de no perderles de vista bajo ningún concepto. Me avisó al verles entrar en casa de Faschino y… Bien, usted ha de comprender, después de haber leído el «Clarín», que la ocasión para hacer mi mejor reportaje era que ni pintada.

—¿Y los patrulleros? ¿Cómo supo usted que venían?

—Yo relevé a Chuckie en el bar que hay frente a la casa en que vivía Faschino, capitán, y él se fue a la Jefatura de Patrullas para huronear y tenerme al corriente. Una precaución muy acertada, aunque esto sea inmodestia por mi parte, pues apenas hubo llegado allí, vio que salían en su busca. Tuvo justo el tiempo de avisarme, yo le previne a usted y… Bien, eso es todo.

Lex asintió. Luego dijo:

—De todas formas, he de darle las gracias por lo que ha hecho

conmigo. Sin temor a jactancia le diré que me he salvado por un pelo. Pero, ¿por qué lo hizo?

La risa bailó un instante en los ojos de la muchacha.

—¿Sabe usted, capitán? No hay periodista que desdeñe una ocasión como ésta. Usted es el hombre más famoso del sistema, un hombre que ha traído en jaque a todas las Patrullas del Espacio, burlándose de continuo en sus propias narices y... Bueno, el reportaje que pienso hacer va a ser algo sensacional. Pienso en la cara que habrá puesto Bodke esta mañana al verse frente a usted en el periódico, sin haberle reconocido y...

—¿Cómo supo que era yo, Inge?

—Llevaba una fotografía suya en el bolso. Cuando usted y Sikhar penetraron en el vagón del monorraíl en que yo viajaba, me pareció hallar algo vagamente conocido en su rostro. La sospecha que yo había concebido tomó cuerpo y... un lápiz me sirvió para añadir a la cartulina esas gafas y ese bigote postizo que usted no ha llevado nunca.

Lex reparó entonces en aquellos adminículos, y se apresuró a despojarse de ellos, arrojándolos lejos de sí a las turbulentas aguas del río. Quedó frente a Inge, y la muchacha, al verlo en su estado normal, pensó que era cien veces más atractivo que en la mejor reproducción fotográfica que de él pudiera tomarse. Pero se guardó aquellos pensamientos para lo más íntimo de su conciencia y luego prestó de nuevo atención a las frases que le dirigía el joven.

—Todo eso que usted me ha contado está muy bien, Inge. Sin embargo, creo que se ha olvidado una cosa.

—¿Sí?

—Sí. La profesión se le ha subido a la cabeza, muchacha.

Inge se puso colorada.

—No diga tonterías, capitán —exclamó, muy amoscada.

—No son tonterías, muchacha, sino la pura verdad. Olvida usted mi condición de reclamado de la justicia. Olvida también que, si logran atraparme, la Fortaleza Negra me está aguardando y seré encerrado allí de por vida. ¿Qué pena cree usted que le impondrán al que ayuda a escapar de la justicia a un criminal... a un pirata del espacio?

—Mi deber… —balbuceó ella.

—Deje su deber a un lado. Su profesión no le impone obligaciones que puedan causarle graves perjuicios. Me parece muy bien que busque el reportaje, pero de ahí a buscarse unos cuantos años de cárcel…

Inge acabó por irritarse y, toda enfadada, adelantó hacia él el gallardo busto, agitado por una entrecortada respiración.

—De modo, capitán, que usted opina que hice mal en advertirle, ¿eh?

—No es eso, muchacha; usted no me ha entendido bien. Yo lo único que quería decirle es…

Pero Inge no quería escucharle. Dando media vuelta había echado a andar, sin hacer caso de las frases con que el joven quería excusarse.

Lex saltó hacia ella, tomándola por un brazo.

—Vamos, vamos, muchacha; no se acalore usted. Confieso que soy un desagradecido, pero…

En aquel momento Sikhar se creyó en la obligación de intervenir.

—Si no les molesta a ustedes dos deberíamos ir a donde tenemos guardado el cohete.

Lex recobró el sentido al oír las palabras de su ayudante.

—Es cierto, Sikhar. Casi lo había olvidado ya.

Luego miró en torno a él.

—No estamos muy lejos de él. Creo que antes de una hora ya lo habremos alcanzado. Por fortuna, la falta de combustible nos ocurrió ya casi al término del viaje.

—¿Qué haremos después, capitán? —preguntó Sikhar.

—Volver a Saturno, naturalmente.

—¿Con la chica? —dijo Sikhar, señalando a Inge, que caminaba delante de ellos, sin volver una sola vez la cabeza.

Pero para esta pregunta Lex no supo encontrar una respuesta adecuada.

CAPÍTULO V

Lex Compton lanzó un suspiro de satisfacción al ver llegado a buen término su viaje.

—¡Ahí está! —exclamó, señalando con su mano el reluciente cohete que, colocado verticalmente sobre el suelo, en el fondo de una angosta hendidura, perpendicular a la línea general del Gran Cañón, alzaba su puntiaguda ojiva hasta casi cien metros sobre sus cabezas.

Inge se detuvo junto a Lex.

—Sí —dijo muy seria—. Ahí está su cohete, capitán. Ahora bien, dígame usted: ¿qué es lo que piensan hacer conmigo?

El joven la miró muy sorprendido.

—¿Con usted? Pues…

—Que se venga con nosotros, capitán —dijo Sikhar.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que se proponen? —exclamó ella, irritada.

Lex vaciló. Sikhar apoyó su propia propuesta.

—No podemos dejarla aquí, capitán. Sería un compromiso para nosotros… y para ella; aunque lo que le pueda pasar a la señorita Stewart debiera sernos indiferente.

—Hablando imparcialmente, tienes razón, Sikhar. Sin embargo —dudó el joven—, no creo que ése sea el mejor procedimiento.

—Ustedes no pueden obligarme a acompañarles.

—Si se queda aquí —objetó Lex—, se verá en un serio aprieto.

—Peor sería si me embarcara en el cohete —dijo Inge—. Ahora pueden detenerme, en efecto; pero siempre tengo la excusa de que ustedes me robaron el coche y me obligaron a acompañarles. En caso contrario podrían declararme fuera de la ley, lo mismo que a ustedes.

Lex emitió una risita irónica.

—¿Y quién iba a creer sus argumentos, Inge? Usted es la autora del reportaje que tan mal parado deja al coronel Bodke. ¿Piensa que los

patrulleros son tontos? A mí no se me ocurriría creer que su presencia en la puerta de la casa de Faschino era meramente casual.

Inge apretó los labios.

—Sea como sea, capitán, yo no voy con ustedes.

—Muy bien —dijo Lex—. La dejaremos aquí... y veremos cómo se las apaña, a cien millas del lugar civilizado más próximo. Por la noche aúllan los coyotes y...

La muchacha se estremeció.

—¡Cállese, por favor! —y luego se rehizo—. De todas formas, peor es ir hasta Saturno con ustedes.

—Gracias por la comparación, Inge. Bien, puesto que usted lo quiere, sólo resta despedirnos. Gracias por lo que hizo por nosotros y... ¡hasta la próxima!

—¡Adiós, señorita Stewart! —dijo Sikhar, haciendo una leve inclinación de cabeza y echando a andar en pos de su capitán.

La muchacha quedó allí, en pie, viéndolos alejarse camino del cohete, que estaría apenas a doscientos metros de distancia. Buscó con la vista un refugio, diciéndose que le convenía ponerse a cubierto de las llamas que soltarían las toberas cuando el aparato comenzara a ascender, pero, en aquel momento, se escuchó un ruido extraño que la obligó a alzar la cabeza.

Un prolongado zumbido conmovió las capas atmosféricas. Inge buscó con la vista el origen de aquel sonido y no tardó en divisar un puntito brillante, destellando a gran altura en medio del esplendente azul del cielo.

Inmediatamente comprendió de qué se trataba. Un impulso irresistible, salido de lo más íntimo de su ser, la hizo moverse y, olvidando todo, corrió hacia la pareja.

—¡Capitán Compton! —gritó.

Los dos hombres se detuvieron, volviéndose a mirarla.

Inge les alcanzó enseguida, jadeante, señalándoles hacia arriba.

—¡Los patrulleros! —exclamó—. ¡Deben de haber descubierto el cohete, capitán!

Lex alzó la vista, captando enseguida los radiantes destellos de aquella nave de patrulla que volaba a diez o doce mil metros sobre sus cabezas, describiendo amplísimos círculos con una lentitud que, dada la distancia, parecía rayar casi en la inmovilidad.

Lex contuvo una exclamación, dándose cuenta de la presencia de la muchacha a su lado. Pero no tardó diez segundos en tomar una resolución.

—¡Arriba! ¡Arriba todos! —ordenó enérgicamente.

Sikhar no esperó a que se repitiera la orden. Tenía a su alcance los peldaños retráctiles que componían la escalera de acceso y empezó a trepar por ella con la agilidad de un acróbata.

El joven empujó a la periodista hacia la escala. Inge retrocedió.

—¡Oh, no, no! —movió la cabeza con firme ademán—. Yo me quedo aquí.

—Eso es lo que usted se cree, Inge —le replicó Lex—. No creo que tarden mucho en localizarnos, si es que tal contingencia no ha sucedido ya, y entonces verá qué modo tan bonito tienen de tratar a los piratas.

—¿Cómo? ¿Sugiere usted que bombardearán esto?

—No lo sugiero; lo afirmo. Y tengo una larga experiencia sobre el particular, de modo que considero imposible equivocarme. ¡Vamos, suba!

—¡No!

—¿Tendré que cargármela a las costillas? —gruñó él, avanzando un paso hacia la muchacha, en actitud amenazadora.

Inge vaciló. Pero sus dudas fueron cortadas bruscamente por el inesperado gesto del joven, que, tomándola por sorpresa, le impidió reaccionar por completo.

Lex saltó hacia adelante, al mismo tiempo que se encorvaba ligeramente y avanzaba el hombro izquierdo. En un santiamén, Inge quedó suspendida en el aire, perneando desesperadamente, sin poder desasirse de la férrea presa con que la tenía asida el joven.

—¡Quieta! —ordenó Lex, en tal tono, que Inge, amedrentada, cesó en

sus protestas. Se acercó a la escala y en aquel momento algo silbó encima de sus cabezas.

Sikhar había dejado caer la eslinga de que estaba provisto el cohete para izar cargas y Lex, sin dudarlo un momento, se asió al cable, el cual, inmediatamente, empezó a subirlos hacia arriba.

Con seco chasquido desaparecieron los peldaños cuando la pareja hubo puesto pie en la esclusa de acceso. Lex depositó a Inge en el suelo y, dejándola al cuidado de Sikhar, corrió hacia la cabina de mandos.

La nave era un cohete rápido, en el cual se había sacrificado la comodidad a la eficiencia y la rapidez, de modo que la cabina estaba situada en posición vertical, que luego, cuando el aparato se hallaba en pleno vuelo, pasaba a tomar una situación más normal. Así y todo no carecía de las más indispensables comodidades y los sillones eran mullidos para amortiguar los duros efectos de las grandes aceleraciones. Aparte de esto podían girar en cierto modo, con lo que el acomodarse en ellos no resultaba ninguna empresa insoluble.

Inge creyó estar viendo visiones al hallarse en una cámara completamente vertical. Por unos momentos pensó hallarse mareada, pero no tuvo tiempo de hacerse más reflexiones, porque ya Sikhar la empujaba hacia uno de los asientos.

Mientras tanto, las manos de Lex, aferrado ya por los atalajes a su sillón, volaban sobre los controles del aparato. Diversas luces se encendieron en el tablero de controles y el radar y la televisión comenzaron a funcionar.

—Hace rato que nos han descubierto ya —masculló el joven, después de estudiar por unos momentos las indicaciones de los instrumentos.

—¿Y por qué no nos atacan? —preguntó ella, ya acomodada en su puesto.

—Seguro que están esperando reunir las suficientes fuerzas para hacerlo con posibilidades de éxito —comentó el joven, notando allá abajo, en las profundidades del cohete, el sordo bramido que le indicaba el precalentamiento de los motores. Hubiera podido arrancar de inmediato, pero no quería arriesgar aquellos delicados mecanismos, especialmente teniendo en cuenta que les aguardaba un largo viaje hasta Saturno.

El rumor aumentó de tono.

—Faltan ya veinte segundos —anunció el joven, y de pronto echó su cuerpo hacia adelante, clavando los ojos en la pantalla.

—¡Sikhar, detector de meteoritos! —gritó.

Una raya humosa, apenas perceptible, acababa de verse en la atmósfera. El joven había comprendido que los tripulantes de aquella patrullera se daban cuenta de que los refuerzos esperados no iban a llegar a tiempo y querían retardar en lo posible la partida del cohete.

Una enorme conmoción sacudió la nave cuando el proyectil disparado contra ella estalló a un par de cientos de metros sobre sus cabezas. Las manos de Inge se aferraron con fuerza a los brazos del sillón.

—¿Ha... ha sido una granada de tipo nuclear? —preguntó, muy pálida.

Lex dejó escapar una sonrisa.

—Si hubiera sido lo que usted dice, ya no podría hablar. No; se trataba de un proyectil simple, de gran poder expansivo, pero que, afortunadamente, ha sido hecho estallar por nuestro deflector. Es la onda de concusión lo que hemos sentido a bordo.

Otro estallido sacudió la nave. Lex, impaciente, miró el contador.

—¡Atención! —exclamó—. ¡Sólo tres segundos...! ¡Dos...! ¡Uno...! ¡Cero...!

Un poderoso rugido llegó hasta ellos, muy atenuado por las gruesas paredes del cohete. La cabina osciló levemente y, al fin, empezó a moverse muy lentamente hacia arriba.

Los primeros metros fueron recorridos con una lentitud increíble. De pronto la nave pareció saltar.

Inge sintió que su cuerpo era echado hacia atrás y se hundía en los mullidos del asiento. El pecho se le oprimió y creyó ahogarse.

El cohete subió con mayor rapidez, aunque todavía no había alcanzado el máximo de su velocidad. De súbito, la imagen de la nave patrullera apareció en la pantalla visora, enormemente aumentada.

—¡Quiere echarse encima de nosotros, capitán!

Lex se mordió los labios. Ahora veía claramente cuáles eran las intenciones del piloto de la patrullera.

Éste se había dado cuenta de la perfecta inutilidad de sus esfuerzos y fiel cumplidor, aun con exceso, de su deber, trataba de detener el cohete por todos los medios a su alcance, utilizando, incluso, el de arrojarse sobre ellos, como si se tratara de un «kamikaze».

—¡Sikhar, lánzale un proyectil magnético!

—Sí, capitán —dijo el ayudante, moviendo rápidamente varias esférulas y pulsando luego un botón.

A bordo del cohete no se sintió nada. Pero unos segundos más tarde vieron que el ataque de la patrullera era completamente detenido.

—¿Qué ha hecho usted, capitán? —preguntó Inge.

—Nada —sonrió el joven—; solamente crear en torno de ella un campo magnético que detiene toda su maquinaria. ¡Mírela, ahí cae!

Efectivamente Lex tenía razón. Desprovista en absoluto de movilidad, la nave patrullera caía a plomo, precipitándose como una bala hacia el suelo, que aún se hallaba a varios millares de metros de distancia. Sin poderlo remediar, Inge se llevó ambas manos al pecho.

—¡Se van a matar, capitán! —exclamó, angustiadísima.

Lex no contestó. En lugar de ello dejó que el cohete refrenara su ascenso, de tal modo, que por unos momentos pareció detenerse en el aire.

—¡Ahora caeremos nosotros! —gritó ella, asustadísima, al ver que la nave, en lugar de continuar su marcha ascendente, perdía altura, aunque con gran lentitud.

—Nada de eso, Inge —contestó el joven—. Simplemente, volvemos al punto de partida.

—¿Por… por qué?

Lex arrugó el ceño.

—Necesito enterarme de algunas cosas —dijo, sin más explicaciones. Luego dio otra orden—: Sikhar, dispara un proyectil antimagnético.

El brutal descenso de la patrullera se vio interrumpido cuando el campo magnético creado en torno a ella fue destruido por un proyectil conteniendo carga de signo contrario.

A Lex se le había ocurrido una idea y, sin meditar en sus posibles consecuencias, había decidido ponerla en práctica, aun corriendo el riesgo de sufrir algún accidente que le impidiese el definitivo despegue. Pero contaba en su propia habilidad y en que todas aquellas naves que podían atacarle eran supra-estratosféricas, con un techo máximo de trescientos kilómetros, en tanto que la suya podía recorrer tranquilamente la distancia de la Tierra a Plutón sin necesidad de repostar.

El piloto de la patrullera advirtió que los mandos ya le obedecían de nuevo y ejecutó una maniobra impecable para aterrizar. Pero la distancia era demasiado corta.

Aunque las naves patrulleras podían tomar tierra verticalmente, ésta no pudo mantener el equilibrio, debido a la relativa velocidad con que se había aproximado al suelo. Osciló espantosamente unos segundos y luego cayó.

Afortunadamente para ella, la pared de la cañada estaba muy cercana y no cayó del todo, sino que su afilada punta quedó apoyada en el muro rocoso, de tal forma que el aparato vino a quedar con una inclinación de unos cuarenta y cinco grados. Algunas rocas cayeron al suelo con estrépito, prestamente ahogado por el trueno de los chorros de freno del cohete que descendía a su lado.

En el momento en que las patas amortiguadoras retráctiles hubieron tocado tierra, la mano de Lex cortó el encendido. Inmediatamente empezó a desatarse los atalajes.

—¿Qué es lo que piensa usted hacer, capitán? —preguntó Inge, muy asombrada.

—Atrapar a los tripulantes de la patrullera. A su jefe cuando menos —fue la insólita respuesta del joven, el cual, sin preocuparse de si Sikhar le seguía o no, ya se estaba deslizando por el poste vertical que conducía a la esclusa de acceso al cohete.

Abrió la escotilla e inmediatamente empezó a descender los escalones con una rapidez tal que Inge, que se había asomado para ver, tuvo que retirarse, presa del vértigo.

Sikhar la apartó a un lado, para bajar él también al lado de su capitán. Desde la altura, Inge pudo ver a los dos hombres correr hacia la patrullera.

Casi en el mismo momento, los tripulantes del aparato derribado

saltaban al suelo. El hecho de que hubieran tardado más que Lex y su ayudante se debía a que, al quedar inclinada la nave, la trampa de salida había quedado invertida, con lo cual sus movimientos de descenso se habían visto notablemente dificultados.

Los patrulleros eran cinco, todos vestidos con los negros uniformes propios de la unidad a que pertenecían. Uno de ellos tenía en las hombreras las dos barras doradas que indicaban su condición de capitán.

Los patrulleros alzaron las manos, sin tiempo para reaccionar, cuando se vieron enfrentados a dos pesadas y mortíferas pistolas que les encañonaban firmemente.

—¡Quieto todo el mundo! —amenazó Lex—. No pretendo hacer daño a nadie, pero si se me obliga a ello dispararé sin vacilar.

El capitán de la patrulla avanzó con decisión un par de pasos.

—¿Cómo se atreve...? —rugió, con el rostro encarnado por la cólera—. Oiga, ¿se ha dado cuenta del crimen que ha cometido...?

Lex le interrumpió con frialdad.

—Sé perfectamente lo que me hago, señor mío. Y añadiré, además, que lo hice a plena conciencia. Pero ahora no tengo ganas de discutir con nadie mis actos. Su nombre, capitán.

La cólera casi le impedía hablar.

—¡Pero...! ¡Esto es un abuso de fuerza que no tiene calificación!

—No tengo ahora ganas de discusiones. ¡Su nombre, capitán! —exclamó el joven en tal tono que el patrullero ahora no se atrevió a resistir la intimación.

—Muy bien, puesto que así lo quiere... Me llamo Harris, señor, Ed Harris.

El nombre le pareció vagamente conocido a Lex, quien frunció el ceño como concentrando su mente en un punto determinado.

—¿Ed Harris? —murmuró—. Me parece que yo he oído su nombre en otra ocasión antes de ahora, capitán.

—Posiblemente. Pero no tanto como el suyo, señor capitán pirata Lex Compton.

Una divertida sonrisa apareció en los labios del joven. Preguntó:

—De modo que usted ya sabe quién soy yo, ¿eh, Harris?

—¿Por qué se cree que estaba ahí arriba, Compton? —replicó el patrullero desdeñosamente mirándole con fijeza.

—Está bien; ya tendremos tiempo de averiguarlo más adelante —contestó Lex—. Ahora nos tenemos que ir. Tengo muchísima prisa. Y usted nos acompañará, capitán.

Harris retrocedió un paso.

—¡Está loco, capitán! ¿Qué se propone? ¿Yo… acompañarle?

—¡Y ahora mismo, Harris! ¡Vamos, estamos perdiendo aquí ya demasiado tiempo! Haga el favor de subir a mi astronave.

Harris movió la cabeza, en tanto que cruzaba sus brazos sobre el pecho.

Dijo resueltamente:

—Si quiere llevarme consigo, Compton, tendrá que conformarse con mi cadáver.

Lex volvió a sonreír. Sin volver la cabeza, se dirigió a su ayudante.

—Sikhar, vigila a los demás. Yo… Capitán Harris, déjese usted de frases grandilocuentes, que no suenan bien en estas ocasiones. Usted vendrá conmigo porque…

Se oyó un apagado rugido de dolor y, casi en el mismo instante, las rodillas del patrullero se doblaron.

En tanto hablaba, Lex se le había acercado, y luego, con rapidísimo gesto, moviendo la mano de derecha a izquierda, le había golpeado en la mandíbula con el cañón de la pistola.

Antes de que Harris cayera al suelo, Lex ya lo había tomado por el hombro, lo mismo que hiciera antes con Inge. Encañonando al resto de la dotación, empezó a retroceder, escoltado por Sikhar.

—¡Hasta la vista, señores! —saludó Lex.

CAPÍTULO VI

Escudado en su superior velocidad, el cohete pilotado por Lex salvó todas las barreras obstructivas que se habían puesto a su paso y se precipitó en el espacio, acelerando continuamente con el fin de alcanzar cuanto antes la órbita que lo iba a llevar a Saturno, entonces en su fase más favorable de oposición, situado a una distancia ligeramente inferior a los mil doscientos millones de kilómetros.

Una vez el cohete en franquía, Lex se soltó los atalajes. Arrojó una mirada sobre el todavía inconsciente capitán Harris y luego dio una orden.

—Sikhar, despiértalo.

—Sí, capitán.

Inge también se desciñó las correas. Se puso en pie y, olvidando la ausencia de gravedad, lo hizo con un impulso exagerado, que la llevó, agitando las piernas y los brazos de un modo harto risible, hasta el techo de la ahora horizontal cabina.

Lex se echó a reír. Ella gritó y luego se enfadó.

—¡Bájeme de aquí, sinvergüenza! —gritó la joven, haciendo esfuerzos que estaban condenados de antemano a la inutilidad por su misma falta de entrenamiento.

El joven alargó una mano y asió el tobillo más cercano. Tiró de él con suavidad y la muchacha recobró una posición más normal.

—Dispénseme —dijo él con la sonrisa aún reflejada en sus ojos—. Ando un poco justo de combustible y por ello no quiero arriesgarme a establecer una gravedad artificial. De todas formas, si se encuentra molesta...

—No se preocupe —contentó ella con el ceño fruncido—; ahórrese las explicaciones. Estoy falta de práctica, es cierto; pero tampoco es la primera vez que esto me ocurre. Ya me acostumbraré durante el viaje. A propósito, ¿cuánto piensa tardar, capitán?

Éste calculó rápidamente.

—Un mes aproximadamente.

—Es decir, treinta días, lo cual nos da una velocidad de...

—Cuarenta millones de kilómetros diarios, Inge.

La muchacha lanzó un silbido admirativo.

—No podrá quejarse de que este cacharro es una tortuga, capitán —dijo.

Lex pasó su mano por el respaldo de uno de los asientos, como si con el gesto quisiera acariciar todo el cohete.

—No, desde luego. Hoy día, las naves del espacio vuelan con grandes velocidades; pero hasta ahora no hay ninguna que pueda compararse

con ésta. Y no hablemos de la «Némesis»...

—¿La... «Némesis»? —exclamó ella, sorprendida y extrañada a un tiempo.

—Sí —repuso Lex—; es mi nave principal. Ésta no es más que uno de sus cohetes auxiliares.

—Entonces la «Némesis» debe ser ésa con la cual da usted sus golpes.

Lex sonrió.

—Una frase vulgar pero afortunada, Inge. Lamento tener que confesar que es así.

—¿Y no le da vergüenza seguir una carrera entregada de lleno al crimen y la ignominia, capitán? Usted no es hombre que tenga aspecto de pirata. Parece un caballero.

—El hábito no hace al monje, muchacha. Además, usted no debe preocuparse de lo que hago o dejo de hacer, sino de conseguir su reportaje. ¿No es eso lo que más le interesa?

Inge remoloneó en la respuesta y prefirió desviar un tanto la cuestión.

—«Némesis» —repitió—. Eso quiere decir venganza, capitán.

—Exactamente, muchacha.

—¿Venganza... de quién, capitán?

El rostro de Lex adquirió de pronto una expresión severa.

—Si no le molesta, preferiría, por el momento, dejar su pregunta sin contestación, Inge.

La joven adivinó que algún oculto secreto corroía el alma de Lex, pese a la actitud intrascendente de éste, y no quiso molestarle más con sus preguntas. Además, en aquel momento el capitán Harris había recobrado el conocimiento y, aunque un poco aturdido, miraba a Lex con un rostro en el que no se veía ningún sentimiento amistoso.

Sikhar vino entonces con cuatro pequeños botellines de plástico, por cuyas respectivas bocas asomaban sendas pajillas.

—Café —dijo lacónicamente, repartiendo las singulares vasijas.

Cada uno de ellos tomó su botellita, aspirando su contenido a través de la caña, ya que, hallándose en un espacio sin gravedad, debían tomarse los líquidos en aquella forma. Harris dudó, pero acabó por sorber su ración, lo cual acabó de tonificarle.

Cuando hubo terminado, cogió el cigarrillo que Lex le ofrecía. Lo encendió y luego se quedó mirándole fijamente.

—Compton —dijo al cabo—. ¿Se da cuenta exacta del enorme delito que acaba de cometer?

Lex se echó a reír alegremente.

—Del todo, capitán Harris, del todo. Ya sé que me va a decir que he abatido una nave patrullera y secuestrado a su comandante, pero todos esos delitos son «peccata minuta» comparados con los otros que se me achacan. ¿Qué me importa que me ahorquen por un capitán patrullero más o menos?

Harris se estremeció.

—Compton, ¿no irá a decirme que...?

Lex le interrumpió.

—Oh, no, nada de eso, Harris; no tengo la menor intención de suprimirle. Al decir aquello me refería a que, en el momento actual, y siquiera de un modo eventual, hay un capitán menos en el servicio activo de las Patrullas del Espacio. Pero quiero que comprenda usted una cosa, capitán Harris: no me lo he traído a usted por simple capricho.

Inge aguzó los oídos. La cosa comenzaba a ponerse interesante, aunque procuró dar a su rostro un aspecto de indiferencia, cruzándose de brazos y tumbándose en un sillón, pese a que, por la ausencia de gravedad, no sintiera el menor cansancio.

—No le entiendo, Compton —dijo Harris, intrigado.

—Es muy sencillo —respondió el joven—. Usted pertenece a la Tercera Unidad de las Patrullas del Espacio, pero en su sección estratosférica, ¿no?

—Así es, Compton. Demasiado lo sabe usted —contestó el cautivo, haciendo una mueca.

Lex aspiró el humo del cigarrillo. Mientras lo devolvía dijo:

—Todos los oficiales de su condición, capitán Harris, son elegidos entre los que han desempeñado cargos en naves del espacio. Hay muchos que se aburren de permanecer largos meses aquí fuera, con muy breves períodos de descanso, pues para las Compañías de transporte no es remunerativo tener las naves y sus tripulantes parados, ¿no es cierto?

—Usted lo ha dicho, Compton. Los gastos son muy elevados y sólo pueden compensarse y aun superarse a base de tener las naves continuamente en movimiento, excepto los indispensables periodos para re-avituallamiento de víveres y combustible, más los que exige la Comisión de Vuelos Espaciales para la revisión técnica del aparato.

Lex movió la cabeza, asintiendo.

—Gracias, capitán, por haberme ahorrado la explicación. Ahora bien, cuando un astronauta se cansa de permanecer en el espacio, ¿qué es lo que suele hacer? Las Patrullas pagan unos sueldos excelentes y, aunque se les exigen unos cuantos años de servicio exterior, acaban quedándose en la Tierra. ¿Me equivoco al suponer que es éste su caso, capitán Harris?

—Está usted muy enterado de nuestras interioridades, Compton —refunfuñó Harris.

Lex agitó la mano.

—En mi... «profesión», llamémosla así, hemos de estar enterados de muchas cosas, capitán Harris. Ahora bien, usted se encuentra ya en la sección estratosférica de las patrullas. Eso quiere decir que pasó sus años correspondientes en el exterior. Pero antes fue un astronauta como muchos.

—¿Adónde quiere usted ir a parar, Compton? —preguntó Harris, frunciendo el ceño. Arrojó el cigarrillo hacia arriba y el aspirador de humos se lo tragó.

—A lo siguiente, capitán Harris: ¿En qué astronave sirvió usted?

Inge adelantó inconscientemente el cuerpo, como si quisiera entender mejor una conversación que la subyugaba por completo. Se dio cuenta de que las palabras de Lex no podían ser más exactas, por cuanto Harris, pese a tener unos cuarenta años, estaba aún fuerte y ágil.

—¿Le interesa mucho saberlo, Compton?

—¡Ya lo creo! —repuso éste—. En la época que usted navegaba por el espacio, en una astronave mercante, fue cuando ocurrió el hecho que a mí me interesa.

—¿Y qué hecho es, si puede saberse?

—Conteste usted a mi pregunta, Harris. Yo la formulé primero.

—¿Y si me negara?

Una sonrisa indefinible flotó por un segundo en los labios del joven.

—¿De qué le serviría, Harris? Además, fíjese que le pregunto por un período de tiempo que oscila entre diez y quince años atrás; no por nada de lo que se refiere a su actual empleo. No tiene usted razón alguna para negarse, a no ser que se trate de una simple obstinación, sin objeto alguno.

Harris se mordió los labios. Al fin dijo:

—Visto desde ese punto... Bien, capitán, si tanto le interesa, le diré que hace quince años era tercer navegante de la «Iberia».

Una jubilosa exclamación se escapó de los labios del joven.

—¡La «Iberia»!

—Exactamente, Compton.

—La «Iberia» —repitió el joven—. Era gemela de la «Atlántida», de la «Ponto Euxino», de la «Creta», de la «Hesperia»... Todas con nombres antiguos, como pertenecientes a una misma serie, de la Compañía Transistema.

—Sí, Compton... —y de pronto el rostro de Harris se iluminó.

El patrullero se puso en pie, con el dedo tendido hacia Lex.

—¡Compton! —exclamó, casi gritando—. ¡No! ¡No me diga usted ahora que es hijo de...!

Lex movió lentamente la cabeza de arriba a abajo.

—Si, soy el mismo que usted supone. Lex Compton hijo de Broderick Compton, comandante de la «Hesperia», y muerto, con toda su

dotación y pasaje, cuando un traidor provocó, por causas que aún ignoro, su estallido en pleno espacio.

Harris respiró con fuerza.

—Usted, el hijo de Brod Compton, el mejor comandante de astronave que tenía la Transistema. Ahora lo recuerdo todo claramente. Sí, hacía tiempo que no pensaba en ello, pero todavía me parece estar viéndolo como si acabara de ocurrir.

Inge se dio cuenta de que una multitud de finísimas gotas de sudor acababan de aparecer en la frente del joven a consecuencia de la excitación que le había acometido a éste, pero también percibió los esfuerzos que Lex, sin dejar de mirar el rostro de Harris, hacía por dominarse.

—Brod Compton —repitió abstraído el cautivo—. El mejor comandante de astronave. Recuerdo que, en cuanto se supo la explosión de la «Hesperia», la Transistema suspendió todos sus vuelos, haciendo una revisión a fondo de los mecanismos de sus naves. Todas eran nuevas, de un tipo recién aparecido, y si la que comandaba Compton había estallado era que algo no funcionaba bien. Pero acabó demostrándose que había debido ser un descuido y no un fallo técnico lo que originó el desastre.

—No hubo tal descuido, sino un crimen, fría y deliberadamente premeditado, Harris —dijo Lex.

Los ojos del patrullero se desorbitaron.

—¿Eh? ¿Qué me está usted diciendo, Compton?

—Lo que oye, capitán. Mi padre y todos cuantos iban con él en la «Hesperia» fueron asesinados a sangre fría.

—¿Por qué?

El joven se encogió de hombros.

—Eso es lo que trato de averiguar desde hace quince años.

Harris inclinó la cabeza. Murmuró:

—Yo estaba en la «Iberia»... y volaba en conserva con la nave que mandaba su padre, Compton. Recogimos un náufrago...

—Dos —cortó Lex.

—¡No, uno! —repitió, enérgico, el patrullero.

—Fueron dos, Harris; recuérdelo bien.

—Pues yo le digo que sólo vi uno a bordo de la «Iberia».

—Entonces… alguien ocultó al otro. ¿Quién mandaba su nave, Harris?

—El capitán Dimitripoulos, Compton.

—¿Dónde está ahora?

—Pasó al servicio de las Patrullas del Espacio y se mató con su nave.

El joven hizo un gesto de desencanto.

—¡Se mató! ¡Qué lástima! —y de pronto se le ocurrió una idea—. ¿Se mató… o lo mataron?

Harris se encogió de hombros.

—No lo sé. Sólo tengo noticias de que su nave entró con demasiada velocidad en la atmósfera y ardió como la cabeza de un fósforo. Ni uno solo de los que iban a bordo se salvó.

Lex se mordió los labios. Luego preguntó:

—¿Y no recuerda usted a nadie más de los que formaban parte de la dotación de la «Iberia», Harris?

—Hombre, sí —respondió el patrullero—. Pero, como comprenderá, es muy difícil localizarlos…

El joven se encogió de hombros.

—De todas formas, de poco nos iba a servir. Estoy seguro de que, interrogados todos, la respuesta sería la misma que usted me ha dado hace unos minutos: sólo se salvó un náufrago.

—Cierto; y no comprendo cómo usted sostiene la teoría de que fueron dos los supervivientes de la «Hesperia» —objetó Harris.

—Porque es verdad. Porque yo mismo he estado hablando con ese supuesto único superviviente de la nave que mandaba mi padre, Harris. Pero todo es inútil, puesto que Dimitripoulos debía saber la verdad… y ha muerto.

Después de que el joven hubo pronunciado estas palabras un profundo silencio se hizo en el interior de la cámara. Todos permanecieron callados durante unos momentos, hasta que, al fin, Harris dijo:

—Capitán Compton, ¿qué interés tiene usted en esclarecer ese misterio? La Comisión investigadora declaró que el accidente…

Los puños de Lex se crisparon.

—Quiero hallar al que asesinó a mi padre, Harris, y a un montón de gente además, ¿lo entiende? Ese hombre vive actualmente, disfrutando de su canallesca felonía, y yo estoy dispuesto a hallarlo, aunque para ello tenga que emplear todos los años que me restan de vida.

—En Saturno será muy difícil que encuentre usted a su hombre, Compton —meneó la cabeza el patrullero.

—Es igual. Tengo tiempo por delante… y ninguna prisa.

—¿Y si le localizan a usted, Compton? Supongo que tiene un refugio en Saturno, pero allí también hay algunos puestos científicos, los cuales tienen protección de las Patrullas.

—El lugar donde yo me escondo es muy difícil de hallar, por no decir imposible, Harris. Pero no es esto lo que discutíamos. Dígame usted, ¿le suena el nombre de Tony Corydon?

Harris se mordió los labios, concentrándose en sí mismo, como si quisiera recordar.

—Me parece que ese nombre no me es desconocido del todo, capitán —dijo al cabo.

—Posiblemente le ayudará a refrescar la memoria sabiendo que Corydon era tercer navegante de la «Hesperia»… y el otro hombre que se salvó de la explosión.

Los ojos de Harris se dilataron.

—¡Tony Corydon! —exclamó—. Ahora caigo… Sí, efectivamente; hicimos juntos el curso de navegación estelar. Un tipo fuerte, robusto… pero muy concentrado en sí mismo. Insociable le decíamos nosotros.

—Posiblemente un resentido —sugirió Lex.

Harris alzó los hombros.

—No sé de qué, Compton. Hace quince años ocupaba exactamente el puesto que se merecía, como yo... y no tenía por qué estar resentido contra nada ni contra nadie. ¿Quién le ha sugerido tal cosa, Compton?

El joven vaciló.

—Ha... ha sido una idea mía, Harris. Pero no se preocupe; no era más que eso, una idea. Bien, me parece que por ahora no tengo que preguntarle nada más. Se ha portado usted mucho mejor que lo que esperaba. Si se me ocurre algo más, tenemos todavía un mes por delante. Lo único que me resta decirle es —y aquí el joven sonrió imperceptiblemente— que espero me conceda su perdón por haberle golpeado con la pistola. Compréndalo; no me quedaba otro remedio.

Harris hizo una mueca, en tanto se frotaba la mandíbula, aún hinchada.

—Podía usted haber elegido otro patrullero —gruñó.

—Lo siento; no tenía opción alguna y, en medio de todo, aún debo felicitarme por haber tropezado con usted. Gracias de nuevo, capitán Harris.

El tiempo fue transcurriendo con relativa lentitud, pero la nave volaba a velocidades terroríficas por el espacio, aproximándose día a día a Saturno, esquivando todos los ataques de las Patrulleras gracias a su infinitamente superior régimen de marcha. Cada vez que una Patrulla del Espacio era detectada por los instrumentos de a bordo, Lex y su ayudante se colocaban ante el puesto de mando, pero las precauciones, en realidad, sobraban. La diferencia entre una y otras era tan grande como entre una tortuga y una liebre, y la nave de patrulla parecía quedarse clavada en medio del espacio, como si no se moviera.

En el vigésimo octavo día de su partida de la Tierra, cuando ya el colosal disco de Saturno comenzaba a llenar parte del horizonte, Lex empezó la maniobra de deceleración.

CAPÍTULO VII

A primera vista parecía que el cohete permanecía inmóvil, pero la realidad era que, poco a poco, con infinita lentitud, se iba acercando a

los anillos que circundan al planeta Saturno.

Asomada a una de las claraboyas, Inge presenciaba, absorta y fascinada, el increíble espectáculo que ofrecía aquel singular cuerpo celeste, visto desde tan corta distancia.

Las únicas imágenes que Inge conocía, eran las de fotografías y documentales impresionadas por astronautas que habían volado en torno al planeta, pero ninguna reproducción podía compararse, ni de lejos, con lo que la muchacha estaba observando a ojo desnudo, desde una distancia mínima. Conocía los anillos vistos desde todos los ángulos, lo mismo desde una altura situada sobre los polos, lo que proporcionaba una visión completa de los mismos, que de perfil, en donde sólo aparecían como una débil línea apenas perceptible. Pero ahora estaba a menos de quinientos kilómetros de distancia, y el resultado era muy otro.

Los anillos no eran ahora una delgada línea, tan fina como el trazo de un lápiz blanco en un papel negro, sino que constituían una masa casi sólida de casi veinte kilómetros de grosor, lo cual, desde el punto en que se hallaban, daba la sensación de estar frente a un altísimo muro de piedra, de un suave color entre rosado y amarillento.

El espectáculo era maravilloso.

Poco a poco, la nave fue acercándose, con una velocidad mucho mayor que lo que parecía a simple vista. Pero Inge sabía que el cohete estaba graduando su ritmo de marcha al de los anillos, con el fin de adquirir la misma velocidad que éstos, y desde el momento en que supo que no iban a aterrizar sobre la superficie del planeta, comprendió perfectamente las razones que Lex había tenido para escoger los anillos como su refugio.

Casi de un modo repentino, el cohete se encontró en el mismo borde de los anillos, un poco en su parte superior, de modo que podían divisar perfectamente la superficie de los mismos, alejándose hasta sesenta y siete mil kilómetros, quedando el borde interno a unos once mil de distancia de la superficie del planeta. Estando en oposición con la Tierra y el Sol, los rayos luminosos de éste proporcionaban una luz fantástica, que hacía casi innecesaria la del interior de la nave. El cuerpo del globo ocupaba ahora todo el horizonte, advirtiéndose claramente las bandas de colores, características de Saturno, entre las cuales, en la parte inferior, se divisaba una mucho mayor y más ancha, muy oscura, y que no era otra cosa que la propia sombra de los anillos, proyectándose sobre la superficie del planeta.

Al acercarse a los anillos la superficie de éstos empezó a deshacerse, perdiendo su aparente lisura. Inge vio trozos de roca de todos los tamaños, aparentemente inmóviles, pero todos ellos minúsculos satélites de Saturno, girando en torno a éste con una misma velocidad, separados, pero juntos, conservando eternamente la misma distancia. Parecían estar inmóviles, pero, en realidad, giraban en torno al planeta con una velocidad de dieciséis kilómetros por segundo.

La muchacha miró después a Lex. Éste permanecía sentado en su puesto, conduciendo la nave a puerto, manejando los controles con hábiles y expertas manos, al mismo tiempo que atendía a las indicaciones del radar y otras que le eran transmitidas por Sikhar, el cual, en este caso, actuaba de copiloto.

De pronto el cohete pareció lanzarse hacia adelante. Inge se tambaleó, pero recobró el equilibrio casi al instante. La nave zigzagueó y se zambulló de lleno en el interior de los anillos.

El espectáculo allí era realmente fascinador. Por todas partes, arriba, abajo, a la derecha e izquierda, delante, detrás, se veía infinidad de corpúsculos sólidos que les rodeaban completamente, pareciendo que en ocasiones se iban a precipitar sobre el cohete, aplastándolo con su masa. Era un colosal amontonamiento de rocas, algunas no mayores que una partícula de polvo y otras, en cambio, alcanzando dimensiones de varios kilómetros.

Poco a poco, el cohete fue adentrándose por aquel terrible laberinto, guiado por la mano segura y experta de Lex. Pasaban sin cesar de una zona de sombra a otra de luz y viceversa, según eran interceptados los rayos de sol, por los fragmentos meteóricos componentes de los anillos. Inge, curiosa al fin, acabó por acercarse a Lex.

Éste le arrojó una rápida mirada.

—¡Hola, muchacha! —dijo—. ¿Qué le parece el espectáculo?

—No tiene palabras con qué describirse, capitán —murmuró ella, todavía subyugada por las maravillas que sus ojos estaban contemplando—. Ahora bien, lo que me gustaría saber es qué clase de fuerzas tan terribles debieron actuar aquí para provocar este cataclismo.

—No hay ningún misterio en esas fuerzas que usted dice, Inge. Es solamente la acción de la gravedad, y lo que estamos viendo son los restos del satélite más próximo a Saturno.

—¿Como? ¿Es posible? ¿Un... satélite convertido en pedazos?

Lex afirmó con la cabeza, desviando ligeramente su nave de un pedrusco que mediría fácilmente un par de cientos de metros y adentrándose por lo que parecía un callejón sin salida por ninguna parte.

—Así es. Todos estos fragmentos de roca y polvo que nos rodean fueron en un tiempo un satélite de Saturno. Pero estaba demasiado cerca del planeta, y las fuerzas de marea del planeta, superpuestas a la atracción mutua de sus partes, provocaron el estallido y la subsiguiente fragmentación. Después ha sido solamente cosa de tiempo el que los trozos del satélite se agrupasen en anillos.

—Debió de ser muy grande este satélite —murmuró la muchacha.

—Oh, no lo crea; menos de la cuarta parte de nuestra Luna... la cual, por cierto, un día u otro, acabará convirtiéndose en otro grupo de anillos tan encantador como éste. Pero tal cosa sólo sucederá dentro de unos cuantos millares de millones de años, de modo que por ahora no tenemos motivo alguno de preocupación.

—Otras cosas son las que me preocupan —contestó Inge, apretando los labios.

—Por ejemplo, hallarse en compañía de un pirata, ¿no?

—Quizá. Pero no es eso sólo, sino saber qué es lo que va a ser de nosotros ahora que ya hemos llegado al final del viaje.

—¿De nosotros? —se extrañó Lex.

—Sí. Me refiero a Harris y a mí, naturalmente.

—Tendré que pensármelo —contestó él—. Todavía no he tomado una decisión.

—Supongo que no tendrá la intención de dejarnos aquí para el resto de nuestros días, ¿verdad? —dijo ella, con gesto retador.

—Oh, no, por supuesto. Ni yo mismo consentiría en vivir aquí siempre. Pero, por ahora...

Las palabras del joven fueron interrumpidas por la voz de Sikhar.

—Capitán, la base no contesta a nuestras llamadas de identificación.

Lex arrugó el entrecejo.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Completamente. Si contestaran, haría ya tiempo que sus respuestas se hubieran visto reflejadas en la pantalla de la radio gráfica.

El joven contuvo una interjección. Ahora el que se estaba preocupando era él.

Harris dijo entonces:

—Use el radar, capitán. Así podrá localizar a sus huestes y a su nave.

Lex sacudió la cabeza.

—Parece mentira que usted diga esas cosas, Harris. ¿Por qué se cree que elegí el interior de los anillos como mi refugio? Vea la pantalla de radar. ¿Qué advierte usted en ella?

A una indicación de Lex, Sikhar puso en funcionamiento el radar. Inmediatamente pudo verse en la pantalla una multitud de puntitos luminosos que ocupaban literalmente todo el ámbito del cristal deslustrado.

Harris soltó una exclamación en la cual quería expresar toda la admiración que sentía.

—Una idea muy ingeniosa, capitán Compton. De este modo, no hay nave patrullera que pueda hallar su escondite, ni aunque se encuentre a dos kilómetros de éste. No me extraña que no le hayan podido capturar nunca.

—Para ello tendrían que recorrer piedra por piedra, y sería una tarea que necesitaría un millar de años antes de estar terminada —sonrió Lex.

—¿Cómo se las arregla para orientarse por este laberinto, capitán? Yo me perdería enseguida —dijo el patrullero.

—Cuestión de costumbre —contestó el joven, sin querer comprometerse a más.

Un par de rocas de pequeño tamaño apareció ante la nariz del cohete y Lex las apartó mediante el sencillo procedimiento de lanzarles unos cuantos disparos de los chorros inversos de freno. La nave continuó su lento caminar, zigzagueando sin cesar en aquel laberíntico

conglomerado de piedras, algunas de las cuales alcanzaban tamaños aterradores, siempre, naturalmente, que se compararan con la estatura de una persona.

De pronto, un espacio más despejado que los demás, como formando una plazoleta en el interior de los anillos, apareció ante ellos. Inge supo que aquél era su punto de destino por el suspiro de satisfacción que había exhalado el joven.

—¡Ahí! —exclamó éste—. Al fin hemos llegado.

Pero casi inmediatamente, su gesto de satisfacción se convirtió en otro de desagrado.

—¿Dónde está la «Némesis»? —preguntó.

—No la veo, capitán —declaró Sikhar.

Lex frunció el ceño.

—Es raro. Tenía que estar aquí…

Hubo unos momentos de silencio, en tanto que Lex acababa de frenar la marcha del cohete. Con una velocidad imperceptible, la navecilla acabó por situarse ante el término de su viaje.

El cual no era, ni más ni menos, que una roca de colosal tamaño, que mediría muy bien un par de kilómetros de altura por tres o cuatro de grosor. Tenía una forma casi regular, cúbica, e incluso llegaba a parecer que sus muros hubieran sido alisados por la mano del hombre. El colosal pedrusco despedía claros reflejos de color entre anaranjado y amarillo, brillantemente iluminado uno de sus ángulos por un rayo de sol que se filtraba hasta él entre el maremágnum de despojos cósmicos que lo rodeaban.

Inge se dio cuenta de que se aproximaban a una de las caras del cubo. Sus ojos, dilatados por el asombro, percibieron la entrada de un colosal túnel que había en el centro de la roca, situado como a un tercio de la distancia total de su cúspide hasta la base.

Hábilmente conducida por Lex, la nave enfrentó el túnel, introduciéndose en él a poquísima velocidad, la cual cesó del todo unos segundos más tarde cuando el joven cortó totalmente los gases. La bóveda del túnel provocaba una discreta penumbra en su interior, pero, cuando las pupilas de Inge se hubieron acostumbrado, no tardó mucho en divisar al fondo, a unos doscientos metros de distancia, una

puerta de entrada cuyo destino no supo, de momento, adivinar.

—Bien —declaró Lex—; ya hemos llegado. Ahora sólo falta desembarcar. ¡Sikhar, los trajes de vacío!

—Sí, capitán.

—¿Va... vamos a bajar ahí, capitán? —preguntó ella, vagamente temerosa.

—Claro que sí —sonrió Lex—. No vamos a estarnos aquí toda la vida, ¿verdad?

El exterior de Lex era, aparentemente, tranquilo, pero su ánimo estaba muy distante de sentir aquella apacibilidad que demostraba. Allí, en el interior del túnel, tenía que verse el otro cohete, gemelo del que les había conducido hasta los anillos, más los torpedos remolcadores de la carga... ¡y todo el ámbito del túnel estaba absolutamente vacío, sin la menor señal de que nadie lo hubiera habitado antes de ellos!

En completo silencio se equiparon para salir al exterior. El cohete había tomado tierra en posición horizontal, de modo que el manejarse fue ahora mucho más cómodo que a la salida de la Tierra. En pocos momentos, pues, los cuatro estuvieron equipados con trajes de vacío, y el propio Lex fue quien comprobó el perfecto ajuste de las distintas partes de las escafandras, con objeto de evitar fatales accidentes que, en el vacío, no hubieran tenido solución alguna.

Bajaron de la esclusa al suelo. Inge se dio cuenta de que había una especie de cinta metálica que terminaba en la puerta que se divisaba al fondo del túnel, y de momento no comprendió el objeto de tan singular pavimento.

Pero cuando puso el pie en tierra y las suelas imantadas de sus botas se adhirieron al metal, lo comprendió todo. La gravedad de la roca era tan baja, que prácticamente podía decirse no existía y era preciso recurrir a aquel procedimiento para, al dar un paso demasiado fuerte, no salir volando hasta el techo del túnel, situado a unos cincuenta o sesenta metros de su cabeza.

Cinco minutos más tarde llegaban a la puerta. Lex movió un interruptor y luego habló a través de la emisora de su traje.

Pero nadie contestó a sus llamadas.

El joven se volvió desconcertado hacia su ayudante.

—¿Será posible que se hayan ido todos, Sikhar? —exclamó.

El aludido hizo un gesto vago que no decía nada y quería significar todo. Lex repitió la llamada varias veces más hasta que, al fin, hubo de convencerse de que estaba perdiendo el tiempo.

—¿Qué le ocurre, capitán? —preguntó ella—. ¿Dónde están sus esbirros?

—Si lo supiera, no estaría desgañitándome —contestó él, de malísimo humor—. Bien, no nos queda otro remedio que entrar. Así veremos lo que ha ocurrido.

—Oiga —exclamó la muchacha, alarmada de repente—, no se escapará el aire de...

—No tema; hay una esclusa de descompresión —respondió él, empezando a manejar una serie de controles, que dieron por resultado el que, treinta segundos más tarde, la pesada puerta metálica que les cerraba el paso, comenzara a deslizarse hacia un lado.

Cuando el paso estuvo franqueado, los cuatro personajes avanzaron y el joven, una vez en la esclusa, repitió la maniobra a la inversa. Una vez la puerta cerrada exteriormente, Lex hizo que la cámara se llenara de aire y cuando los indicadores señalaron una presión atmosférica normal, se despojó de su escafandra.

—Pueden quitarse los trajes —dijo, hablando a través del micrófono.

Sin ocuparse de sus acompañantes, el joven se encaminó hacia la otra compuerta de la esclusa, abriéndola. Un espectáculo inusitado se ofreció entonces ante sus ojos.

Retrocedió, como si hubiera recibido un puñetazo en mitad del pecho.

—¡Dios mío! —exclamó, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

A sus espaldas, Inge lanzó un ahogado gemido. Sikhar y Harris renegaron a un mismo tiempo.

—¿Qué... que catástrofe tan horrenda ha podido suceder? —preguntó el joven en voz alta, sin darse cuenta de que ninguno de los que estaban allí podía explicar el misterio de que se vieran tantos cuerpos tendidos en el suelo.

Dominando la aprensión que sentía, al mismo tiempo que con mano

firme empuñaba una pistola que había traído a prevención, Lex avanzó hacia el interior de la enorme caverna que era su refugio, y en la cual no se oía ahora el menor sonido. Un silencio de muerte reinaba en aquel lugar y, de pronto, Inge lo quebrantó, chillando agudamente:

—¡Allí, capitán! ¡Mire!

CAPÍTULO VIII

El lugar donde se hallaban era una colosal caverna cuyo techo alcanzaría muy bien los doscientos metros de altura, siendo sus dimensiones, en ancho y largo, de unos quinientos o seiscientos, aproximadamente. Su forma era irregular, con numerosas anfractuosidades a lo largo de sus muros y en algunos trozos de éstos se veían salientes horizontales, a modo de pisos, de gran amplitud, los cuales se comunicaban con el suelo por medio de escaleras cuyos peldaños estaban tallados en la misma roca. Había mucha luz.

El interior de la colosal caverna estaba brillantemente iluminado por centenares de reflectores instalados en los lugares más estratégicos. Pero nada podía borrar el horror que se percibía al verse tantos cuerpos tendidos, exánimes, en el suelo.

Lex miró hacia el punto que le señalaba Inge y al instante todo su cuerpo se estremeció como si hubiera sufrido los efectos de una potente descarga eléctrica. El caso, desde luego, no era para menos.

A unos veinte metros de distancia se veía un bulto informe, de color grisáceo y pardo al mismo tiempo, de unos seis u ocho metros de largo por un par de ellos de alto, formando una especie de montaña o elevación sobre el suelo rocoso. Apenas si tenía forma aquella cosa tan extraña, que, en aquellos momentos al menos, aparecía inmóvil.

De repente, un hedor insufrible golpeó las pituitarias de los recién llegados. Era un olor húmedo, como de una cosa podrida mucho tiempo antes, y que, indudablemente, provenía de aquel bulto que estaban viendo a tan corta distancia de ellos.

Curioso, dominando las náuseas que le acometían, Lex dio un paso hacia adelante.

Al momento, la mano de Inge le tomó por el brazo.

—¡No, capitán! ¡No vaya, por favor!

Lex se volvió a mirarla.

—¿Por qué? —preguntó.

—No... no sé... pero tengo miedo, capitán. Esa... cosa que estamos viendo me da mucho miedo... no lo puedo remediar.

—No sabemos qué es. Debemos averiguarlo, Inge —objetó el joven.

—Debe de ser algo mortífero y muy peligroso, capitán. No vaya, se lo suplico.

—Intuición femenina, ¿eh? —sonrió Lex, y luego, sin más, teniendo la pistola a punto, avanzó hacia aquel objeto tan extraño y cuyo color le hacía casi confundirse con el suelo rocoso de la caverna.

Con la pistola en la mano, Lex se aproximó a aquella cosa, dominando la aprensión que le causaba el hedor que de ella emanaba. Pronto advirtió que los temores de Inge estaban sobradamente justificados cuando observó que debajo de aquella enorme mole sobresalían los pies de uno de los tripulantes de la «Némesis».

El joven se estremeció. Aquello no era natural. Debía de ser algún animal de especie desconocida, jamás vista hasta entonces, pero lo que no acababa de entender era cómo aquel ser había conseguido infiltrarse hasta el interior de la cueva.

Casi encima de él, Lex lo examinó a placer. Parecía poseer una epidermis muy dura y viscosa al mismo tiempo, de un grosor que no podía calcularse a simple vista y sin que en su cuerpo, dividido en varios anchos tentáculos o brazos a la manera de una estrella de mar, se advirtiera el menor movimiento. Tampoco se le veían ojos ni ningún órgano externo que tuviera un remoto parecido siquiera con una boca o narices. Todo él parecía cerrado herméticamente al exterior.

Lex volvió la cabeza para examinar uno de los cadáveres más próximos, viendo el rostro del tripulante, aparte de la deformación que en él había causado la horrenda agonía que había padecido, muy pálido, con la blancura del papel.

Durante unos momentos se estuvo preguntando qué clase de armas emplearía aquel animal, pero casi enseguida un agudísimo alarido de Inge le hizo volver a la realidad.

—¡Cuidado, capitán! ¡Atrás, atrás!

Lex era hombre que había pasado por muchos peligros, y sabía que cuando se oía un consejo como aquél debía obedecerlo instantáneamente, sin pensar en nada más por el momento. Dio un enorme salto que, a consecuencia de la falta de gravedad en aquel lugar, lo proyectó a gran distancia, pero, de pronto, algo detuvo su impulso, frenándolo en seco a mitad del salto.

Algo parecido a una serpiente pitón le rodeó el talle. Era una especie de tentáculo gris, grueso como uno de sus muslos, sin ventosas externas, y que le sujetaba con férrea presa, impidiéndole casi moverse.

El joven se notó suspendido en el aire, a tres o cuatro metros del suelo. Forcejeó por desasirse, pero pronto notó que todos sus esfuerzos en tal sentido iban a ser estériles, de antemano condenados al fracaso.

Trató de soltar aquel tentáculo, utilizando las manos, sin conseguir mejores resultados. Al tocarlo lo advirtió frigidísimo, como si fuera hecho de hielo, y tan duro como éste, aunque no careciendo de cierta elasticidad. Pero el abrazo era seguro y no había fuerza humana capaz de deshacerlo.

Luego volvió la cabeza hacia el monstruo y lo que vio le erizó los cabellos.

Estaba a una distancia de cinco o seis metros, suspendido casi a otro tanto sobre el suelo, por el tentáculo, cuyo grosor alcanzaba el de un hombre fornido en el punto de unión con el cuerpo de la bestia informe, en uno de los ángulos formados por dos de sus brazos estrellados. La epidermis del monstruo era recorrida por levísimos estremecimientos, que daban la sensación de minúsculas olas en un pequeño mar, y millares de gotas iridiscentes la perlaban en toda su extensión, provocando un enorme aumento del hedor que se desprendía del gigantesco cuerpo.

Además, en la cúspide, vio una especie de hueco, que, poco a poco, iba aumentando de tamaño. Lex no dudó un momento de que, si no podía deshacer la presa de que era objeto, acabaría en aquel orificio, cuyo diámetro crecía por momentos, para servir de alimento al monstruo. De nuevo intentó librarse de la presa, pero sólo consiguió que el tentáculo se replegara bruscamente un par de metros, aproximándolo a la bocaza cuyo fondo empezaba a llenarse de un repelente líquido que expandía un olor insoportable.

Tenía una pistola en la mano y decidió usarla.

Apretó el gatillo, pero las balas se hundieron en la carne del monstruo, sin causarle el menor daño, como si no hubiera ocurrido nada. Tiró contra el tentáculo casi en su misma cintura, obteniendo idéntico resultado.

Con la frente llena de un sudor helado, se dio cuenta de que el orificio causado por el proyectil desaparecía inmediatamente, apenas producido, como si en lugar de ser el miembro de un cuerpo fuera un neumático indeshinchable.

Mientras tanto, sus compañeros no permanecían inactivos. Buscaban un medio de salvarle, y Sikhar y Harris corrieron hacia él, armados con sendas hachas, de bien aguzado filo.

Los dos hombres, despreciando el posible peligro de la aparición de un nuevo tentáculo, empezaron a golpear con las hachas el que apresaba a Lex, por la parte más cercana a éste, asestándole unos terribles golpes que, en circunstancias ordinarias, hubieran bastado para seccionarlo en el primer embate. Pero ahora no ocurrió nada de lo que esperaban. Por el contrario, sucedió algo increíble, aterrador, espantable.

Cada vez que el hacha se hundía en el tentáculo, penetraba en casi toda la extensión del hierro, pero al sacarla para asestar un nuevo golpe, la carne de la bestia se regeneraba de modo instantáneo. Lex no había perdido la serenidad un solo momento y observaba los esfuerzos que hacían sus compañeros por librarle. Viendo aquello, se dijo que tanto Sikhar como el patrullero podrían estar hacheando el tentáculo durante años, sin conseguir ningún avance práctico. Apenas salía el hacha del tentáculo, el hueco en forma de hendidura que había dejado, desaparecía como si jamás hubiera existido, recobrando instantáneamente la epidermis de la bestia su lisa continuidad, en la que, a cada momento que pasaba, surgían nuevas gotas de aquella repugnante exudación.

Sikhar alzó su rostro, mojado de sudor, hasta el del joven, el cual, a cada momento que pasaba, se hallaba más próximo a la boca de la bestia, cuyos bordes se estremecían epilépticamente, como si se relamiese por anticipado con el suculento banquete que le aguardaba.

—¡No podemos, capitán! ¡Todo es inútil! —dijo, perdida en parte la serenidad.

Lex no contestó. No quería gastar en balde su aliento, y sólo esperaba poner en algún sitio los pies, para asentarse firmemente e intentar

algún otro esfuerzo que le librara de aquella mortífera presa. Cada vez había menos distancia entre él y el cuerpo del monstruo.

Se dio cuenta de que, a medida que el tentáculo se replegaba, iba desapareciendo en el interior de la bestia, sin solución de continuidad alguna, sin que entre el cuerpo y el tentáculo se advirtiera el menor nexo de unión. Tocó con los pies la piel del animal e, instantáneamente, como si éste hubiera adivinado sus propósitos, lo levantó un metro más en el aire.

Lex forcejeó una vez por desasirse, sin conseguirlo. Empezó a temer por su propia suerte, pero, en aquel momento, ocurrió algo que cambió por completo la decoración.

Inge corrió hacia él, portadora de un largo cilindro que en la Tierra apenas si hubiera podido mover del suelo. Sujetándolo con el brazo izquierdo, la muchacha manejó una de las llaves que había en el extremo y al instante una larga llama blanca azulada brotó por un orificio.

La muchacha no estaba muy práctica en el manejo de la antorcha fuelle, que servía para calentar motores auxiliares, y en los primeros momentos, al hallarse en un lugar carente de gravedad, la reacción del chorro de gases inflamados, saliendo a enorme presión del orificio, la derribó por tierra. Pero los dos hombres se precipitaron en su auxilio, comprendiendo instintivamente que aquél era el único medio de que disponían para vencer al monstruo.

Sikhar tomó la antorcha, dando toda la presión. La llama alcanzó los tres metros de largo, deslumbrando las pupilas con su blanquísima luz, que parecía una puñalada de fuego sólido. También el ayudante se tambaleó al recibir el impacto de retroceso del cilindro, pero Sikhar estaba mucho más acostumbrado a manejarse en lugares sin gravedad, y pronto pudo ponerse en situación.

Con una temperatura de varios miles de grados centígrados en su núcleo, la llama de la antorcha fuelle mordió la carne del tentáculo.

Inmediatamente, Lex se sintió sacudido con terrible violencia, al mismo tiempo que la presión del brazo se hacía irresistible en torno a su cintura. El aire se escapó de sus pulmones y su rostro adquirió una coloración cenicienta.

En el suelo, Inge le miró, con una mano en la mejilla, los ojos desorbitados, mordiéndose los labios para no prorrumpir en un alarido de puro espanto. Pero, afortunadamente, la mano de Sikhar era firme

y mantuvo la llama de la antorcha contra el mismo sitio.

Un hedor insoportable invadió la atmósfera cuando la carne del monstruo, sin quemarse del todo, comenzó a fundirse, derritiéndose en gruesos cuajarones que resbalaban lentamente por su coriácea epidermis. De pronto, el brazo se partió, y al instante Lex notó que la presión se aflojaba.

Utilizando las pocas fuerzas que le quedaban, el joven se deshizo de aquel fragmento de tentáculo, arrojándolo a un lado. Mediante un par de contorsiones musculares, hechas con habilidad hija de un largo entrenamiento, consiguió descender al suelo, y una vez en éste, apartarse del animal.

Quedó al lado de Inge, que se había puesto en pie, palidísima, y entonces sus ojos pudieron presenciar algo que, en el primer momento, les pareció absurdo, increíble. El fragmento del tentáculo, retorciéndose como el cuerpo de una serpiente cortado por la mitad, «voló» hacia el cuerpo del monstruo y, una vez junto a éste, desapareció rápidamente en su interior, sin dejar el menor rastro, lo mismo que el otro trozo.

Reaccionando, el joven tomó a la muchacha en brazos y la apartó de aquel mortífero lugar, situándose ambos, en unión de Sikhar y Harris, a una distancia prudencial del monstruo, cuyo cuerpo se agitaba en estremecimientos de un horror que no tenía nombre. La fiera comenzó a reptar por el suelo, pero con tal lentitud, que no eran de temer sus ataques, por poca vigilancia que se mantuviera sobre ella.

Hubo de pasar un buen rato antes de que alguna de las cuatro personas se sintiera con fuerzas para hablar. Al fin, Lex dijo:

—Debo parecerle un grosero y un descortés, pero todavía no le he dado las gracias por haberme salvado la vida, Inge. Realmente, su idea fue algo magnífico. ¿Cómo se le ocurrió?

La muchacha apartó su vista del monstruo, aún espeluznada por lo que acababa de ver.

—No... no lo sé —repuso, balbuciente—. Busqué algo... viendo que las pistolas resultaban inútiles hallé la antorcha...

—En lo sucesivo —murmuró él—, ya sabemos cómo rechazar los ataques de esa fiera. Pero, Dios mío, no había visto jamás nada parecido en mi vida.

—¿De dónde habrá podido salir, capitán? —gimió ella.

Lex no pudo contestar a la pregunta de la joven.

Sikhar y Harris se acercaban entonces, y el primero volvió a hacer la misma pregunta.

—No lo sé —contestó el joven—. Es la primera vez que veo algo parecido.

—Parece muy lento —reflexionó Harris—. Pero, no obstante, mató a todos sus hombres, Compton.

Lex arrojó una rápida mirada en torno a él, contando los numerosos cadáveres que se veían a su alrededor.

—A todos no —declaró—. No los he contado, pero falta media docena, cuando menos.

—¿Qué es lo que hará una bestia de ésas cuando logra atrapar una presa? —sugirió Harris—. ¿Devorarla?

—Es lo más probable. O al menos, extraerle los jugos...

Inge se puso una mano ante la boca.

—Por favor —suplicó, sintiendo una terrible náusea.

—Está bien —declaró el joven—; olvidemos esto por el momento, y tratemos de averiguar cuántos son los que faltan. Sikhar, ve tú por un lado; yo iré por el otro.

Sikhar asintió y empezó la macabra tarea de contar los cuerpos esparcidos por el suelo. Era una labor desagradable, pero Inge, con todo, prefirió estar al lado del joven, como buscando refugio junto a él.

El recuento terminó muy pronto. Los cuatro se reunieron en el lado opuesto de la caverna, en completa seguridad, siquiera fuera momentáneamente, de las posibles intenciones del monstruo. Sikhar dio el número de los cuerpos que había hallado y Lex sumó a éstos los suyos.

Después de un instante de reflexión, dijo:

—Faltan siete. Sikhar, ¿viste tú a Frisby?

—No, capitán; no está entre los muertos. No le he visto.

—Eso quiere decir que consiguió salvarse —y el joven se mordió los labios—. Si siquiera pudiéramos saber qué es lo que ocurrió. El monstruo es muy lento y fácil de esquivar.

—Pero todos los que quedaron aquí murieron, capitán —objetó la muchacha.

—Ya lo veo. Lo que no consigo explicarme es cómo no pudieron escapar.

Hubo una breve pausa de silencio, rota por Harris, quien dijo:

—Tiene usted un magnífico escondite, capitán. No me extraña que los patrulleros no le hayan podido encontrar hasta ahora, y, a juzgar por lo que veo, está atiborrado de material. ¿Qué pensaba hacer con lo que robaba? ¿Venderlo a algún grupo de colonizadores planetarios?

Lex miró de soslayo a Harris, conteniendo una sonrisa que, pese a todo, pugnaba por aparecer en sus labios.

—La pregunta no tiene respuesta, capitán. Al menos por ahora.

Harris se encogió de hombros, muy divertido, al parecer.

—Algún día tendrá usted que contestarla, Compton. Eso no me apura, por ahora.

—Celebro que se tome las cosas por el lado bueno, capitán. Y ahora, si usted es tan gentil que insiste en querer ayudarnos, ¿por qué no colabora con nosotros?

—¿En qué, si puede saberse?

—No podemos dejar aquí adentro los cadáveres de mis compañeros. Debemos lanzarlos al espacio.

—Una precaución muy sensata, Compton. Bien, cuando usted quiera.

Dejando a Inge allí, los tres hombres empezaron su fúnebre tarea. Lex le extrañó de no ver ninguno de los torpedos que les servían para el transporte de mercancías de las astronaves al interior de su refugio, y dio por sentado que los fugitivos, aterrorizados, debían de habérselos llevado. Olvidando este punto, continuó su labor.

Una hora más tarde, el último cadáver había sido proyectado al

espacio.

Al regresar, Lex se acercó al monstruo, contemplándolo desde una distancia prudencial. El animal continuaba moviéndose, y había ganado ya una cincuentena de metros, señalando su paso por una ancha masa viscosa y brillante, semejante a la que pudiera dejar un caracol gigantesco. Lex permaneció en pie, con los brazos cruzados. Inmóvil, y hubieron de pasar unos cuantos minutos antes de que se le ocurriera una idea.

Regresó donde estaban los otros. Sikhar le alargó un plato de comida.

—Tome, capitán —dijo—; es muy conveniente alimentarse.

Lex tomó el plato, sentándose luego en el saliente de una roca. Dijo:

—Aun a riesgo de estropear la comida a alguno de ustedes, he de decir que he discurrido un método para aniquilar al monstruo.

—¿Sí? —preguntó Harris, indiferente.

—Sí. Luego lo diré. Ahora, comamos, que buena falta nos está haciendo.

Una vez que hubieron terminado, tomaron café preparado por Sikhar. Fumaron unos cigarrillos y, mientras aspiraba el humo, Inge preguntó:

—¿Bien, capitán? ¿Qué medio es ése que piensa emplear contra el monstruo?

La mano del joven señaló hacia un grupo de bombonas, de unos tres metros de alto, por medio de diámetro, que se alzaba a corta distancia del lugar en que ellos se encontraban.

—Es… —pero no pudo seguir, porque en aquel momento un timbre comenzó a chirriar estruendosamente.

CAPÍTULO IX

El timbrazo se extinguió a los diez segundos, para reaparecer de nuevo. Se repitió dos o tres veces más y luego calló.

En el momento en que sonó el primer chirrido, las cuatro personas que allí se hallaban levantaron instintivamente la cabeza hacia el techo, como si quisieran atravesarlo con sus miradas.

Un gesto de duda e interrogación se pintó en los rostros de Inge y el patrullero, pero sólo Lex fue quien logró dar una explicación satisfactoria.

—Una nave no amiga se aproxima a nuestro refugio.

—¿Cómo lo sabe usted? —le miró la muchacha.

—La alarma, Inge. Si fuera propia, no hubiera sonado. Por el contrario, nos hubiera hecho señales de reconocimiento.

—¿Y por qué se ha callado? A mi entender, la alarma debería continuar sonando, ¿no?

—Seguramente se han dado cuenta, por las indicaciones de los instrumentos de a bordo, que se han aproximado en forma desprevenida. Han tratado de no ser descubiertos, pero ya era tarde.

—¿Qué piensa hacer usted ahora, capitán? —preguntó Harris.

Lex levantó de nuevo su vista hacia lo alto.

—Eso depende de ellos —dijo, subrayando la palabra—. Lo más probable es que tengamos que marcharnos de aquí.

—Pero nos pueden localizar, capitán —objetó la muchacha.

—No mientras estemos en el interior de los anillos. Y esto es un laberinto capaz de desafiar al más inteligente.

—Entonces, afuera, en el exterior...

—Tampoco. Hoy por hoy —respondió Lex, con una nota de justificado orgullo en la voz—, no hay una nave capaz de desarrollar la velocidad de mi cohete. Excepto su pareja, naturalmente.

—Se olvida usted que queda otra astronave todavía, capitán —dijo inesperadamente Sikhar.

—¿Cuál? —preguntó el joven, un tanto intrigado.

—La «Némesis». Ella duplicaría fácilmente la velocidad del cohete, a poco que se le fuercen los motores.

Lex se encogió de hombros.

—Dudo mucho que hayan conseguido atraparla, Sikhar, por poco

empeño que hayan puesto en defenderse. Bien, ahora, lo que nos conviene hacer es...

El joven no pudo continuar, porque en aquel momento en el interior de la caverna se sintió un hondo trueno, al mismo tiempo que el suelo se estremecía violentamente.

El efecto fue como si un terremoto sacudiera la roca dentro de la cual se hallaban. Algunos fragmentos de la misma salieron despedidos por los aires, expandiéndose por el ambiente de forma peligrosa.

Los cuatro que estaban allí, fueron derribados, aunque la frase más exacta sería decir que fueron despedidos en distintas direcciones. Inge gritó, asustada, al ver que el suelo se le alejaba de sus pies.

Numerosos objetos de los que allí había fueron también arrancados a sus asentamientos, excepto los que se hallaban sólidamente sujetos al suelo o a los muros, que permanecieron firmes en su sitio.

—Capitán, ¿qué es lo que ocurre?

—No lo sé —contestó Lex, forcejeando desesperadamente por recobrar la perdida estabilidad—. Dentro de unos momentos, se lo diré... si puedo —añadió para sí, ejecutando varias contracciones musculares, que acabaron por hacerle asentar los pies en el suelo.

Cerca del lugar en que se hallaban, se divisaba un par de pantallas de televisión, de buen tamaño. Lex saltó hacia ellas, pero antes de llegar, el suelo volvió a agitarse de nuevo.

Esta vez las sacudidas fueron mucho más fuertes. En medio del estrépito de las rocas que se resquebrajaban, Lex gritó una orden a Sikhar.

—¡Prepara los trajes de vacío, pronto!

—¡Enseguida, patrón!

El joven temía que la roca acabara por abrirse.

Aunque ignoraba las causas de aquellas sacudidas, se daba cuenta perfectamente de que el pedrusco en que se hallaban podía fragmentarse muy bien en varios trozos, en cuyo caso, lo menos que les podría ocurrir sería quedarse sin aire, con las fatales consecuencias que esto les podría reportar.

Mientras tanto pudo acercarse a una de las pantallas. Inge apareció a su lado, sin saber cómo, y miró atentamente los televisores.

El joven hizo funcionar los mandos, sin conseguir ver otra cosa que una mareante serie de bandas que aparecían y desaparecían rapidísimamente, ondulando de modo vertiginoso, que dañaba a la vista. Furioso, Lex acabó por volver la espalda, con un gesto de irritación reflejado en el rostro.

—¿No puede hacer nada, capitán? —murmuró ella, desalentada también.

El joven meneó la cabeza de modo muy significativo.

—Tengo instaladas unas antenas en el exterior de los anillos y seguramente han debido ser destruidos los cables de conexión.

—¿Entonces...?

Sikhar se acercó, portador de sendas escafandras.

—Lo mejor será que nos equipemos —dijo Lex—. No sabemos lo que puede ocurrir y...

¡Buum...!

Ahora el estampido sonó de manera mucho más rotunda, casi ensordecedora. Inge salió proyectada hacia adelante y hubiera chocado contra la pared de no hallarse Lex en su camino. Éste la sujetó, y durante unos momentos luchó contra el fortísimo temblor que sacudía epilépticamente a la roca.

—Tendremos que irnos de aquí —gritó Sikhar, vestido a medias.

Cuando se hubieron recobrado un poco, comenzaron a encajarse en los trajes de vacío. Estaban terminando de ponérselos, cuando se oyó un fuerte grito de Harris.

—¡El monstruo! ¡Está volando!

Lex miró en la dirección que señalaba el patrullero y, por unos momentos, creyó estar soñando. Aquello no parecía real.

Arrancado del suelo por las terribles sacudidas, viviendo en un espacio apenas sin gravedad, la fiera había sido proyectada a la altura y quedando flotando a una distancia de veinte o veinticinco metros, se dirigía hacia ellos, aunque de un modo errático, a causa del impulso

que le habían proporcionado los estremecimientos de la roca.

—No parece por ahora amenazarnos —dijo Lex, al cabo de unos dos segundos, terminando de encajarse la escafandra. Ajustó luego la de la joven y en aquel momento ocurrió algo terrible.

El suelo tomó una posición inclinada, alcanzando un ángulo de casi 45º. Horrísonos estampidos sonaban dentro de la enorme caverna y una de sus paredes se resquebrajó, con un ruido semejante al de cien cañones disparando a la vez.

—¡Capitán Compton, larguémonos de aquí! —gritó Sikhar.

El monstruo fue proyectado muy cerca de ellos, chocando contra el muro rocoso, sin que parecieran causarle el menor daño los efectos del brutal encontronazo. Se deformó, amoldándose a las rugosidades de la piedra, pero él solo, de por sí, volvió a adoptar muy pronto su forma habitual.

Lex empezó a gruñir entre dientes.

—Me gustaría saber qué diablos está pasando —masculló.

—Imagíneselo usted, capitán —contestó Inge, luchando bravamente por dirigirse hacia la salida.

—No puede ser. No hay aquí nave capaz de atacarnos —exclamó él, furioso y exasperado.

—Se valora usted en mucho, capitán —respondió la muchacha—; y la falta de modestia es uno de los peores defectos que suele tener el hombre. ¿Es que los demás no pueden ser tan listos o tan hábiles como usted?

—Pero, de todas formas, no hay nave como la mía.

—¿Se refiere usted a la «Némesis»?

—¿A cuál otra, si no? —refunfuñó él.

Inge le miró a través del vidrio de la máscara.

—Pueden haberla atrapado los patrulleros, capitán —dijo.

—¡Imposible!

—¡Oh, testarudo, orgulloso y egoísta! ¡Quién como yo! ¡Yo, sólo yo!

¿Es eso todo lo que sabe decir? —exclamó a gritos, enfureciéndose también, la muchacha.

—Mejor que discutir —oyeron entonces los dos a través de sus auriculares—, sería que buscasen el medio de abrir la compuerta.

Lex soltó una interjección.

Sikhar y Harris estaban junto a la compuerta, hurgando frenéticamente en los mecanismos de apertura, sin conseguir, al parecer, nada práctico. El joven se percató al instante de lo que ocurría y se lanzó horizontalmente hacia ellos.

—¿Qué ocurre? ¿No se puede abrir?

El rostro de Sikhar aparecía cubierto de ceniza cuando contestó:

—La maquinaria está bloqueada, capitán. No podemos salir.

Harris presentó una solución antes de que Lex diera su respuesta.

—Podemos volar las compuertas. Usted no dejará de tener algún explosivo aquí, Compton.

—Sí, por cierto; pero es demasiado arriesgado. Sólo lo utilizaremos como recurso extremo.

—¿Teme usted inutilizar el cohete?

—Peor que eso. El aire se escaparía violentamente, proyectándonos al espacio, sin dejarnos la menor posibilidad de alcanzarlo. Aquí tenemos repuesto de aire, pero acabaría por concluirse y...

Nuevamente la roca volvió a estremecerse, sacudida por otra gigantesca explosión.

—No cabe la menor duda de que nos están atacando —dijo Lex—. Pero es un misterio para mí la manera cómo han podido averiguar mi escondite.

—Eso no me preocupa a mí, capitán —dijo la muchacha, procurando contener el temblor de sus labios—. Hay otra cosa mucho más urgente.

—¿A qué se refiere usted, Inge?

La muchacha extendió la enguantada mano.

—Mire usted, capitán. A sus espaldas.

Lex giró en redondo, enfrentándose con la horrible pesadilla que era aquel monstruo tan parecido a una colosal estrella de mar. La bestia volaba hacia ellos, muy lentamente, pero conservando en todo momento su dirección, sacudida su rugosa y grisácea epidermis por estremecimientos que semejaban menudas ondulaciones sobre una superficie líquida. En uno de sus brazos, casi en el punto de unión con el núcleo, se advertía una protuberancia semiesférica, que indicaba uno de sus tentáculos, dispuesto para ser proyectado al exterior en el momento oportuno.

—Capitán —exclamó Harris—, antes dijo usted que tenía un medio para aniquilar a esa bestia. Hágalo antes de que sea tarde.

—Estoy con Harris —declaró Inge—. Hasta que no la hayamos destruido, no podremos permanecer tranquilos.

Lex hizo un gesto afirmativo.

—Muy bien—dijo—. Entonces, vengan ustedes conmigo. Sikhar, tú quédate aquí y mira a ver si puedes desbloquear el mecanismo de apertura.

—O.K., capitán —contestó el ayudante, poniéndose a trabajar con todo afán, sin dejar por ello de arrojar frecuentes miradas, llenas de aprensión, hacia el monstruo, a cada momento más cercano.

—Inge —sonrió Lex—, si persiste usted en ser útil, acompáñenos.

La muchacha asintió, saltando del modo que lo hacía Lex, con el fin de poder llegar cuanto antes al punto hacia el que éste se encaminaba, y que no era otro que el grupo de bombonas que antes había señalado.

—Pesarán mucho —objetó.

Lex se echó a reír.

—Aquí no hay gravedad. Una vez vencido el momento de inercia moverá su balón con toda facilidad.

Así era y la joven se extrañó, hasta cierto punto, de que ella, con sus débiles fuerzas, pudiera cargar con un enorme cilindro de más de tres metros de alto y medio de grueso, que en la Tierra o en un lugar de gravedad-uno no hubiera podido tan siquiera mover del sitio.

Caminaron de vuelta hacia la esclusa, extrañándose Lex de que los temblores no se repitieran. Pero no hizo comentario alguno al respecto, limitándose a remolcar su correspondiente bombona, hasta un lugar muy próximo al que ocupaba el monstruo, el cual iba descendiendo lentísimamente hacia el suelo, inclinado desde entonces.

—Me gustaría saber qué demonios hay aquí dentro, capitán —dijo Harris, jadeante, pues aunque parecía fácil mover los balones, en los primeros instantes era preciso hacer un buen esfuerzo para ponerlos en marcha.

—No tardará en verlo, Harris —dijo Lex, tratando de colocar el suyo en posición.

—¡El monstruo está sacando su tentáculo, Lex! —gritó la muchacha.

—Ahora se lo cortaremos —repuso él, maniobrando rápidamente en las llaves y válvulas de cierre del balón.

Una gruesa protuberancia asomó por encima del cuerpo del monstruo. Se convirtió muy pronto en un largo brazo, que ondeaba siniestramente en el aire, buscando con ciegos movimientos una presa a la cual asirse.

Lex era el que más cerca estaba del monstruo y enfocó la válvula de salida del gas contenido en la bombona hacia él. Al mismo tiempo gritó:

—¡Deben elevar la temperatura interna de sus trajes en diez grados al menos! No les importe sudar ahora; dentro de unos momentos pasarán mucho frío.

—¡Capitán! ¡Contésteme de una vez! —le acució Harris—: ¿Qué diablos hay dentro de los balones?

El joven acomodó el suyo nuevamente, esperando la arremetida del tentáculo en actitud impasible, sin permitir que se moviera ni uno solo de sus cabellos. Inge se mordió los labios, viendo que el zigzagueante extremo del tentáculo se acercaba cada vez más al joven.

En el momento oportuno, Lex abrió la espita y un chorro de un líquido de deslumbrante blancura partió con tremenda fuerza hacia el miembro de la fiera.

Al instante, Inge lanzó un grito de admiración. En verdad, era algo realmente maravilloso lo que estaba contemplando.

El trozo de tentáculo alcanzado por aquel líquido se inmovilizó en el acto, cesando de ondular, aunque no de seguir en sus movimientos al resto del miembro. El tentáculo comenzó a replegarse, pero Lex, avanzando sin temor, continuó rociando con aquel líquido el brazo, hasta dejarlo totalmente cubierto de una capa blanquísima, transparente, que semejaba vidrio.

—¡Ahora lo entiendo, capitán! —chilló Harris, alborozadísimo—. ¡Es oxígeno líquido!

—¿Oxígeno líquido? —repitió la muchacha, sin comprender nada de lo que ocurría.

—Exactamente —contestó Lex—. Oxígeno líquido, a una temperatura de ciento cuarenta y siete grados centígrados bajo cero. Congela instantáneamente todo lo que toca, y si no hago pedazos a ese monstruo…

Lex no terminó su frase. Una vez congelado el tentáculo, avanzó hacia él, empuñando un pesado martillo de que se había provisto con anterioridad.

Golpeó con todas sus fuerzas y el tentáculo cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos, exactamente igual que si hubiera sido de vidrio.

Inge lanzó un grito de admiración y repugnancia al mismo tiempo.

El monstruo se estremeció de una forma que indicaba claramente había sentido el daño que le acababan de causar. Ahora, sus brazos mayores, los que componían la estrella, se agitaron, pero sus movimientos eran tardos en comparación con los del miembro extirpado y no ofrecían peligro alguno.

—¡Vamos, no se estén ahí parados! —gritó el joven, avanzando de nuevo y empezando a rociar con el oxígeno líquido la parte del monstruo que tenía más a su alcance.

Inga y Harris le imitaron prestamente. La fiera quiso retroceder, pero falta de un apoyo sólido, sus movimientos a la fuerza habían de ser muy limitados. Poco a poco, todo su cuerpo fue recubriéndose de una vítrea capa de gas congelado.

—¡Hace mucho frío, Lex! —gritó la muchacha.

—Dele más fuerza al reactor térmico de su traje —contestó él, ahora subido impunemente en uno de los brazos de la estrella y continuando

implacablemente su tarea. Resbaló una vez en el hielo formado, pero consiguió recuperar el equilibrio.

Harris trepó por el lado opuesto, ejecutando una tarea similar. La joven, valientemente, se arriesgó a colocarse bajo el vientre de la fiera, sin que ésta, que apenas podía moverse ya, hiciera el menor gesto para defenderse.

Diez minutos más tarde, el enorme animal no era más que un montón de hielo, completamente inmóvil, en el cual no se advertía la menor señal de vida. Entonces, la caverna volvió a convulsionarse nuevamente.

No fue el monstruo el que chocó contra la pared, sino ésta con aquél. El animal saltó en pedazos, como si fuera de frágil vidrio, los cuales se iban reduciendo más y más de tamaño, a medida que entrechocaban entre sí, hasta que, al final, quedó reducido a polvo. Lex se apartó a un lado, contemplando el resultado de su obra con un gesto lleno de repugnancia.

—¡Uf! ¡Qué bicho! —exclamó—. Cualquier noche voy a soñar con él.

En aquel momento, otra explosión sacudió la caverna. Cuando el fragor del terremoto hubo pasado, Sikhar gritó:

—¡Capitán, la esclusa no funciona!

—Perfectamente. Vamos todos para allá.

Pero apenas pudieron llegar a la primera compuerta. Una terrible explosión les arrojó de lado, al mismo tiempo que aumentaba más todavía la inclinación del suelo, de tal forma, que éste parecía haber alcanzado ya la posición vertical. Y entonces, Sikhar lanzó un alarido de puro miedo:

—¡Cuidado, apártense!

Algo penetró por la esclusa con horroroso estruendo, rompiendo la compuerta exterior como si hubiera sido de quebradiza madera en lugar de sólido acero. El aire comenzó a escaparse al instante, con un agudísimo silbido, al mismo tiempo que la afiladísima proa del cohete penetraba por el boquete abierto.

Lex soltó un grito de rabia y decepción al ver el nuevo contratiempo que surgía. Pero su grito se confundió casi con el de alguien que, en tono imperativo, a través de los transmisores, lanzaba una enérgica

intimación:

—¡Capitán Compton! ¡Está rodeado y no puede escaparse! ¡Ríndase inmediatamente a las Patrullas del Espacio!

CAPÍTULO X

La voz que había intimado al joven a rendirse era una de las que, oídas una vez, jamás se olvidan. Todos la reconocieron al instante y el estupor más absoluto se apoderó de ellos.

—¡El coronel Bodke! —exclamó Lex, atónito.

—¡El coronel Bodke! —repitió la joven.

Harris fue el primero en reaccionar, y su tono de voz era muy diferente.

Se encaró con Lex, diciéndole:

—¡Capitán! En nombre de la Ley del Espacio, queda usted detenido, acusado del delito de piratería, entre otros. Deme su pistola, se lo ruego.

El joven retrocedió un par de pasos.

—¿Qué esta usted diciendo, Harris? ¿Qué solemne majadería es ésa?

De nuevo volvió a tronar la voz de Bodke a través de los auriculares:

—¡Lex Compton! Estoy aguardando su respuesta. De lo contrario, volaré el islote en que se encuentra y todos los que están a su lado perecerán.

Harris se escandalizó:

—¡Escúcheme, coronel Bodke! Soy el capitán Harris, de la Tercera Patrulla. Estoy aquí, junto al capitán Compton, y le tengo detenido.

—No me importa quién sea usted, Harris, ni lo que esté haciendo junto a ese pirata. Lo único que quiero es oír la voz de Compton anunciándome que se entrega. De lo contrario, dentro de diez segundos dispararé mi último proyectil.

A Lex le pareció estar padeciendo un mal sueño. Era imposible que un

hombre que había salido de la Tierra más tarde que él, que no disponía, ni con mucho, de naves tan veloces como la suya, hubiera llegado a los anillos de Saturno casi al mismo tiempo que él. Éste era, para el joven, un misterio que, de momento, se le presentaba como totalmente insoluble.

Vaciló unos momentos. Miró en torno a él, viendo los rostros serios, impasibles, de Inge, Sikhar y Harris. Luego calculó las posibilidades que tenía de resistir.

El aire se estaba escapando por la brecha que la afilada proa del cohete había abierto en la compuerta exterior. Aún tardaría mucho en vaciarse la caverna, pero era indudable que un momento u otro, acabaría por hacerse el vacío en aquella concavidad. Y por otra parte, no podía salir al exterior y poner en funcionamiento el cohete, puesto que los intersticios entre éste y la compuerta eran demasiado pequeños para que pudiera deslizarse a través de ellos un cuerpo humano, siquiera fuera tan delgado y esbelto como el de Inge.

Finalmente, hizo lo único que podía hacer en esos momentos.

—¡De acuerdo, coronel Bodke! ¡Me rindo! ¡En este mismo momento entrego mis armas al capitán Harris, aquí presente, a mi lado!

El aludido tomó la pistola y levantó la voz.

—¡Es cierto, coronel! Ya está desarmado y puede venir usted por él cuando le parezca.

Una sonora carcajada, en la cual se advertía fácilmente una nota de triunfo, resonó en los cuatro transmisores.

—¡Perfectamente, capitán Harris! Compton, dentro de unos momentos estoy con usted... ¡y le aseguro que se va a llevar una sorpresa mayúscula!

Después de aquello no se oyó nada más. El joven inclinó la cabeza, y durante unos momentos permaneció así, saboreando el amargor de la derrota.

Harris le miró y, en lo más íntimo de su ser, compadeció al joven. No le envidiaba su suerte; después de ser apresado, el juicio sería rápido y la sentencia no tendría nada de agradable. La Penitenciaría del Sistema, situada en el último de los planetas, Plutón, equivalía a una sepultura en vida. Eran contados los que sobrevivían a una larga condena, transcurrida toda ella en un mundo eternamente frío y

sumido en una noche total, perenne. Y el que conseguía cumplir su sentencia, no vivía mucho tiempo más en libertad.

Inge se le acercó lentamente y le puso una mano sobre el brazo.

—Lo siento, Lex —dijo suavemente—. Cualesquiera que sean sus delitos, yo… yo le había tomado mucha, simpatía y… y no puedo por menos de condolerme de lo que le va a ocurrir.

El joven levantó la cabeza, dejando aparecer una débil sonrisa en sus labios.

—Es usted muy buena, Inge —dijo—; y sus palabras merecen algo más que un simple «gracias». Pero en este momento, me siento incapaz…

—Comprendo —murmuró la joven—. No siga, por favor: no es necesario que me dé explicaciones. De todas formas, cuando le llegue la hora de ser juzgado, cuente con mi testimonio.

—Gracias otra vez, muchacha. Lo acepto por venir de quien viene, aunque haya de desilusionarla diciéndole que no servirá de mucho.

—Yo también hablaré en su favor, capitán Compton —dijo el patrullero—. Además, que yo recuerde, en su prontuario no hay ningún solo hecho en el que se haya derramado la sangre.

—Los tripulantes de las naves que yo asalté no tenían la culpa de mis depredaciones —sonrió levemente Lex.

—Bien —dijo Inge—; ése es un tanto más a su favor, capitán. Pero lo que yo no comprendo —añadió— es el objeto de sus atracos. Esta caverna contiene tantos tesoros como la cueva de Alí Babá.

—En sentido figurado, supongo —dijo él—; porque no verá una sola piedra preciosa ni un collar de perlas ni una mala moneda de oro.

—El equipo e instrumentos científicos que hay aquí valen una fortuna, Lex. ¿Qué objeto tenía acumular tantos artefactos?

—¿Se siente periodista de nuevo? —se chanceó Lex.

La muchacha se impacientó.

—¡Oh, no bromeemos, Lex! Estoy hablando absolutamente en serio. ¿Quiere contestarme o…?

El joven interrumpió las palabras de Inge.

—¡Mire! —exclamó—. Ya están retirando el cohete.

Era cierto. El morro de la navecilla retrocedía a empujones, como si hubieran amarrado un grueso cable a los timones de cola y un enorme cabestrante estuviera tirando de ellas. La salida del aire se precipitó aún más todavía.

—¡Debemos hacer algo por impedir que se vaya el aire! —exclamó el joven—. Sikhar, busca un eyector de metales, pronto.

Era difícil moverse en un lugar en donde las posiciones normales se habían trastocado, pero el ayudante supo hallar lo pedido por el joven y corrió a la compuerta interna, evitando ser arrastrado al exterior por la poderosa corriente de aire que era succionada por el vacío del espacio. El metal líquido comenzó a brotar inmediatamente de la válvula del eyector, cerrando el orificio de la compuerta, cosa que se consiguió unos minutos más tarde.

—Ahora no podrán entrar ellos —dijo el patrullero.

—Arreglarán la compuerta exterior del mismo modo —contestó Lex.

Y así fue. Media hora más tarde, la esclusa funcionaba normalmente y varias personas penetraban en el interior de la caverna, cuya atmósfera había recobrado de nuevo casi su presión normal.

Era fácil de reconocer al coronel Bodke. Su estatura y corpulencia no engañaban a nadie, y su presencia se imponía sobre todas las demás.

El patrullero se le acercó, saludándole.

—¡Presente el capitán Edward Harris, señor! —dijo.

Bodke le arrojó una fría mirada, reparando luego en la pistola que el patrullero sostenía aún en sus manos.

—¡Teniente Warren! —exclamó.

Un hombre se adelantó hacia él.

—¡A la orden, señor!

—¡Desarme al capitán Harris!

—Sí, coronel. Capitán, su pistola, por favor —dijo el oficial.

Harris retrocedió un paso, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Coronel, usted se equivoca —protestó airado.

—Sé perfectamente lo que hago, capitán Harris; y al desarmarle, no hago más que cumplir con mi deber, deteniendo a un cómplice de este pirata.

—¡Estoy aquí contra mi voluntad, coronel! —gritó el patrullero—. Compton me trajo a la fuerza.

—¡Su pistola, capitán, o me obligará a adoptar medidas extremas!

—Le digo que se equivoca, coronel. Compton nos amenazó a todos, después de haber inutilizado nuestra patrullera. Me golpeó, reduciéndome a la inconsciencia, y luego me trajo hasta aquí. Yo no he venido por mi voluntad, le repito; y si no me cree, los tripulantes de mi nave...

—No aceptaré más excusas, capitán Harris —dijo Bodke fríamente—. Todo lo que tenga que decirme a mí, guárdeselo para la Corte Marcial que le ha de juzgar a su hora.

—¿Corte Marcial? —repitió Harris, creyendo que soñaba—. Coronel, usted está loco. El propio Lex Compton puede testificar...

—¡Basta ya de palabrería inútil! No le escucharé ni una sola frase más, capitán Harris. Entregue su pistola de una vez al teniente Warren y considérese arrestado a partir de ahora.

Los dientes del patrullero rechinaron perceptiblemente.

—Lo hago a la fuerza, coronel, y espero que el teniente Warren atestigüe que presento mi más enérgica protesta por este acto inaudito que no tiene precedentes.

—Bueno, bueno —contestó Bodke—; todo eso se lo contará usted a sus jueces, Harris. Ahora, vamos a ocuparnos de la señorita Stewart.

La muchacha levantó la barbilla.

—Si se refiere a mí, coronel Bodke, sepa que estoy aquí también contra mi voluntad.

—¿Está segura de ello? —rió el aludido—. Yo diría que parece todo lo contrario.

—Usted no puede guiarse por lo que parece, sino por lo que es. Pregúntele al capitán Compton...

—No hay tal capitán Compton, sino un criminal y un forajido llamado Lex Compton, señorita Stewart, al cual usted ha ayudado a evadir la acción de la justicia. La pena que suelen tener los cómplices, en estos casos, no difiere mucho de la que es aplicada a los actores principales de un delito.

Inge se echó a reír.

—¿Le escuece todavía mi reportaje, verdad, coronel?

El rostro de Bodke se tornó del color de la púrpura. En aquel momento, Ed Harris creyó hallar algo vagamente conocido en las facciones del hombre que tenía ante sí, aunque no pudo precisar de un modo concreto sus recuerdos. Olvidándose accidentalmente de todo y de todos, trató de concentrar sus recuerdos, buceando en el pasado, con el fin de averiguar si había visto a Bodke antes de entrar él al servicio de las Patrullas del Espacio.

Inge continuó:

—A mí no me podrá acallar tan fácilmente como a Compton o a Harris, coronel. Yo pertenezco a una profesión con la cual resulta muy peligroso meterse, ¿comprende?

—Veremos lo que ocurre cuando la condenen a usted por complicidad con el pirata, señorita —contestó Bodke sin inmutarse.

—Eso es algo que todavía está por ver, coronel. Aún no me ha llevado usted ante el tribunal. Y el «Clarín» se volcará entero en mi favor, ¿entiende?

—¡Basta ya! Esto es algo que no ha de discutirse aquí. ¡Warren!

—¡A la orden, señor!

—Haga avanzar al prisionero.

—Sí, coronel.

El oficial tomó del brazo a un hombre que había permanecido hasta entonces en un segundo discreto término, colocándolo ante Lex.

—¿Conoce usted a este tipo, señor pirata? —se burló Bodke.

—¡Frisby! —exclamó Lex, aturdido.

—El mismo —concedió el segundo de la «Némesis», de mala gana—.

Lo siento, capitán. Toda su labor de tantos años estropeada por… por… —y Frisby, profundamente avergonzado, calló.

Lex trató de animarle.

—¡Vamos, vamos, Frisby, no se me vaya a echar a llorar ahora! Cuénteme, ¿qué le ocurrió?

—Fue… fue aquella maldita bestia, capitán. Nosotros…

—¿Se refiere usted a ese monstruo que parecía una gigantesca estrella de mar, Frisby?

—Sí, mi capitán: el mismo.

—¿Qué les ocurrió? Vi muertos a casi todos los tripulantes de la nave.

—Verá, capitán —y el segundo emitió un hondo suspiro—. Ese bicho debió venir con nosotros en algún viaje que hicimos por los satélites de Urano y de Júpiter, vaya usted a saber. En los primeros momentos, debía ser muy pequeño, y no advertimos su presencia en el interior de la caverna.

El joven se estremeció.

—Quiere decir… ¿que aumentaba de tamaño a medida que… que…?

Frisby asintió pesadamente.

—Sí, capitán. Cada vez que devoraba a uno de nosotros, crecía desmesuradamente. Pero no nos dimos cuenta de lo que pasaba hasta que se hizo tan grande como… como…

—Siga, siga. Frisby —le urgió Lex, terriblemente interesado en el relato. Por su parte, Inge tomaba nota mentalmente de todo cuanto oía y, olvidada de su difícil situación, se relamía por anticipado, pensando en el fantástico reportaje que pensaba publicar.

—Bien, capitán —continuó el segundo, en medio de la expectación general—. Usted ya sabe que a la hora de dormir apagamos las luces de la caverna. Entonces es cuando el monstruo atacaba y usted mismo sabe que aquí hay sitios de sobra para esconderse. Cada noche mataba a unos cuantos de nosotros… pero esto no duró mucho; el pánico se apoderó de los pocos que quedamos con vida cuando vimos la clase de fiera con que debíamos enfrentarnos y a la cual no causaban el menor daño las armas corrientes.

—Pues nosotros lo matamos, Frisby.

—¿De veras, señor? ¡Cuánto me alegro! ¿Y cómo?

—Ya se lo contaré más adelante; ahora, prosiga usted.

—Ya no queda mucho que contar, capitán. De la media docena que quedamos, unos tomaron el cohete, huyendo con él. No sé dónde fueron a parar. Tres nos embarcamos en la «Némesis», pero estábamos atontados, sin saber lo que hacíamos… y así las patrulleras nos pescaron como incautos.

El joven apretó las mandíbulas.

—Ahora me explico por qué el coronel ha llegado a los anillos casi al mismo tiempo que yo. De otro modo, Bodke —se dirigió a éste—, no me hubiera atrapado usted.

El aludido se echó a reír.

—De nada le van a servir sus lamentaciones, señor capitán pirata. La Fortaleza Negra le espera para acogerle allí durante el resto de sus días.

—Todavía no me han juzgado —declaró Lex con arrogancia que resultaba incomprensible para Inge.

—Yo me encargaré de ello, no se preocupe. Bien, Lex Compton; aquí ya no tenemos nada que hacer. Ahora mismo nos acompañará usted a su propia nave, en la cual volverá a la Tierra, junto con el resto de sus amigos… todos ellos prisioneros como usted, por supuesto.

Inge dio un paso hacia adelante.

—¡Protesto de ese trato, coronel!

—Hágalo usted ante quien pueda. Ahora no le queda otro remedio que callarse —dijo Bodke de mal talante—. ¡Warren!

—¿Sí, coronel?

—Tome a los prisioneros y condúzcalos a la nave, encerrándolos bajo llave y poniendo centinelas en cada una de sus puertas, cuidando de que en todo momento estén rigurosamente incomunicados los unos con los otros, ¿me entiende?

—Perfectamente, coronel. ¡Vamos, síganme!

La orden era terminante, categórica, y no se podía desobedecer. Resignados, empezaron a moverse, pero en aquel momento, un relámpago iluminó la mente de Harris.

—¡Quietos un momento! —gritó, y el tono de su voz era tan enérgico que todo el mundo se volvió a mirarle.

Harris se acercó al coronel Bodke, quien le miraba con aire entre receloso y extrañado.

—Coronel Bodke, me parece que yo le he visto a usted antes que ahora.

—Posiblemente, Harris. Pertenecemos al mismo servicio.

Harris meneó la cabeza.

—No, no es de ahora nuestro conocimiento, sino de mucho antes. ¿No se graduó usted como navegante en el trigésimo sexto curso de navegación estelar?

—Creo que se confunde usted, Harris —dijo Bodke, impertérrito.

—¡No, no me confundo, coronel Bodke. Ahora ya sé quién es usted. ¡Estúpido de mí, que no le supe reconocer antes! Usted se hace llamar ahora Bodke, pero hubo un tiempo que usaba otro nombre. Tony Corydon, para ser más exactos.

Un rugido de fiera herida se escapó de la garganta de Lex.

—¡Tony Corydon! ¡El tercer navegante de la «Hesperia»!

—¡El mismo, Compton! —exclamó triunfalmente el capitán Harris—. Ahí lo tiene usted, convertido ahora en un respetable coronel de las Patrullas del Espacio.

—¡Usted se equivoca, Harris! —aulló Bodke—. Jamás he oído ese nombre antes de ahora.

—No me equivoco, Corydon; estoy en lo cierto... y dispuesto a ir a la Fortaleza Negra si me equivoco.

Lex avanzó un par de pasos hacia el coronel, apretando los puños.

—¡Usted, Corydon, fue el traidor que voló la «Hesperia» con todos los que iban a bordo, sólo por satisfacer sus sucios apetitos... y los de los criminales que dirigían la Transistema! ¿Cuánto le pagaron por su

traición, Corydon?

—¡Yo no fui! ¡Ustedes se equivocan!

—Dígale que no, Compton —chilló Harris—. Ahora estoy absolutamente seguro, es él, Corydon; no cabe la menor duda.

El coronel retrocedió un paso y en su actitud, Lex supo que, en efecto, era el hombre a quien había estado buscando durante tantos años.

Le miró fijamente al mismo tiempo que decía:

—Tony Corydon, a partir de este momento queda usted detenido y desposeído de todo su rango y prerrogativas. ¡Teniente Warren, hágase cargo de ese criminal! ¡Usted será responsable de cualquier intento delictivo que realice!

El oficial se hizo un lío.

—Pero yo... yo...

Lex metió mano en el bolsillo de su traje y extrajo algo que alargó al teniente.

—Examine mis credenciales, teniente, si no me cree. A partir de este momento, todos cuantos aquí están presentes, quedan bajo mis órdenes. Corydon, usted queda detenido y responderá ante los tribunales pertinentes por el crimen que cometió hace quince años.

El traidor le arrojó una mirada de fiera acorralada.

—He tardado todo este tiempo —continuó el joven— en reunir el último eslabón en la cadena de pruebas que necesitaba, y ya lo tengo. Ahora, todo el poderío de la Transistema se deshará como el polvo y su indignante monopolio de los transportes estelares quedará destruido. Corydon, usted tiene una oportunidad de salvarse si confiesa toda la verdad. Diga que mató a mi padre porque era un hombre recto y no quería plegarse a los deseos de esos canallas que rigen su compañía. Confiéselo, y quizá se le atenúe la pena.

El traidor acabó por estallar al fin.

—¡Jamás! ¡Jamás me confesaré culpable de lo que usted dice, Compton! ¡Antes...!

Con gesto fulmíneo, Corydon, antes coronel Bodke, desenfundó una pistola y retrocedió lentamente, sin dejar de mirar a todos los

presentes, hacia la compuerta. Lex avanzó un par de pasos, pero se detuvo cuando Corydon le encañonó con el arma.

—¡Quieto, Compton! ¡Quieto o le volaré la cabeza! ¡Ahora cogeré su nave... y veremos quién es el guapo que pueda darme alcance!

El joven permaneció en su sitio, temblando de rabia. Durante tantos años había estado esperando aquel momento, y ahora que tenía ante sí al hombre que mató a su padre, veía escapársele su presa, sin posibilidad alguna de impedir su huida.

Pero en aquel momento sucedió algo por completo inesperado.

Corydon había llegado a la compuerta y buscó a tientas el mecanismo de apertura. No podía separar sus ojos de los otros, temiendo que alguno se le arrojase encima y le desarmara.

Su mano se movió torpemente. Halló un control y lo puso en marcha.

Instantáneamente, un grito agudísimo resonó en todos los receptores.

Inge se mordió los labios para no prorrumpir en un alarido de espanto al presenciar la horrible suerte de Corydon.

Cuando el traidor se acercó a la esclusa, no se había dado cuenta de que tenía al lado una de las bombonas llenas de oxígeno líquido, la cual estaba medio tumbada, apoyada contra la pared. Un chorro de gas líquido brotó al instante por la válvula del balón, alcanzándole todo su costado izquierdo, y cubriéndoselo de una espesa capa de algo que parecía hielo vitrificado.

El grito de espanto que Corydon había soltado cuando sintió sus venas invadidas por aquel terrible frío se apagó bien pronto. Sus ojos se dilataron enormemente, inmovilizándose en una suprema mueca de horror. Y en pocos segundos más, todo su cuerpo quedó convertido en una gran estatua de hielo.

Habiendo perdido buena parte de su contenido, la bombona se movió. Golpeó la estatua y ésta se quebró, fragmentándose en mil trozos que se esparcieron de modo siniestro por aquel lugar. Y la muchacha, sintiendo que las piernas se negaban a sostenerla, hubo de volver el rostro para no seguir contemplando aquel horroroso cuadro, al mismo tiempo que, sin darse cuenta de lo que hacía, se aferraba con todas sus fuerzas al brazo de Lex.

* * *

—Nos supo usted engañar muy bien a todos, capitán Compton —dijo Harris, ya en la «Némesis», en órbita de regreso a la Tierra.

—Si no les hubiera sabido engañar, no hubiera merecido el nombramiento de agente secreto —sonrió el joven.

—Pero, entonces, ¿todos sus atracos...?

—A poco que se fijen ustedes, se darán cuenta de que solamente eran asaltadas las naves de la Transistema. También, cuando conozcan el inventario de los materiales que hay en mi cueva, advertirán que todos ellos son... ¿cómo lo diría yo?

—¿De contrabando? —sonrió Inge.

—Es la palabra más aproximada que se puede hallar —contestó Lex—. El Gobierno tiene severamente controlada su fabricación y producción, y los de la Transistema, con tal de mantener su superioridad en los transportes siderales, no reparaban en medios. Yo sólo me apoderaba de los instrumentos y materiales intervenidos, naturalmente.

—El estallido se va a oír muy lejos —dijo la muchacha.

—Por supuesto —contestó reflexivamente el joven—. Pero esto ya no me preocupa a mí. He terminado mi misión y...

Harris carraspeó y tomó a Sikhar por el brazo.

—Venga, Sikhar; quiero que me enseñe usted un poco el planeta Saturno.

—¿Sa... turno? Pero... ¿no acaba de venir de él, capitán?

Harris golpeó con el codo a Sikhar y luego le guiñó un ojo, señalándole a la pareja, quienes, muy juntos, empezaban a olvidarse de todo lo que no fuera ellos mismos.

—Bien, capitán —dijo ella, al cabo de unos momentos, con voz vacilante—. ¿Ya ha decidido lo que va a hacer, ahora que prácticamente ha terminado todo?

—Pues... sí, claro. Estoy cansado de volar por el espacio y de correr aventuras. Tengo ya ganas de asentarme en un sitio... y creo que mis años son los precisos para fundar un hogar, ¿no le parece, Inge?

—Parece que sí. Y… ¿y ya ha elegido esposa?

El joven sonrió, en tanto que rodeaba el talle de la muchacha con sus brazos.

—Acabo de hacerlo —dijo.

FIN